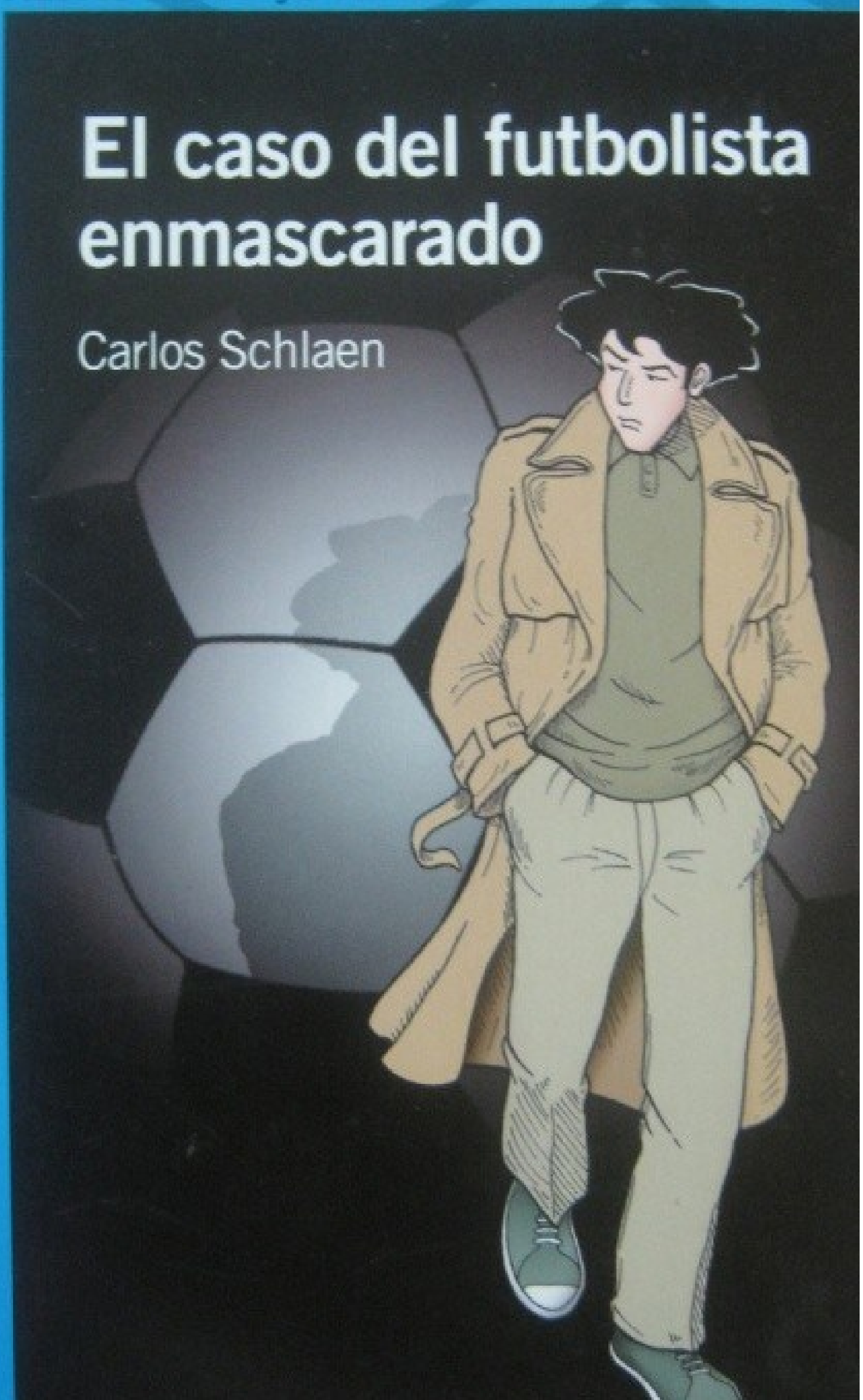
Pelusa 79

ALFAGUARA JUVENIL

El caso del futbolista enmascarado

Carlos Schlaen



ALFAGUARA

© Del texto: 2003, Carlos Schlaen
© De las ilustraciones: , Carlos Schlaen
De esta edición:
2008 Aguilar Chilena de Ediciones S.A.
Dr. Aníbal Ariztía 1444, Providencia
Santiago de Chile

- **Grupo Santillana de Ediciones S.A.**
  Torrelaguna 60, 28043 Madrid, España.
- **Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A. de C.V.**
  Avda. Universidad, 767. Col. del Valle, México D.F. C.P. 03100.
- **Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A. de Ediciones**
  Avda. Leandro N. Alem 720, C1001 AAP, Buenos Aires, Argentina.
- **Santillana S.A.**
  Avda. Primavera 2160, Santiago de Surco, Lima, Perú.
- **Ediciones Santillana S.A.**
  Constitución 1889, 11800 Montevideo, Uruguay.
- **Santillana S.A.**
  Avda. Venezuela N° 276, e/Mcal. López y España, Asunción, Paraguay.
- **Santillana de Ediciones S.A.**
  Avda. Arce 2333, entre Rosendo Gutiérrez y Belisario Salinas,
  La Paz, Bolivia.

ISBN: 978-956-239-517-5
Impreso en China/Printed in China
Primera edición en Chile: febrero 2008
Segunda edición en Chile: junio 2008

Diseño de colección:
Manuel Estrada

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

El caso del futbolista enmascarado

Carlos Schlaen
Ilustraciones del autor

ALFAGUARA

1

El estudio de la mansión Oliveira era la habitación más protegida e inaccesible de la ciudad. Aquella mañana, sin embargo, un cajón de su escritorio había amanecido abierto.

Este hecho, que en cualquier otro caso no hubiese llamado la atención de nadie, había bastado para desplazar las noticias del resto del mundo en las primeras páginas de los diarios locales. Y no era para menos, Luis Oliveira era el empresario más poderoso del país.

—¿Un cajón abierto...? ¿Eso es todo? —murmuré, mientras sumergía la punta de una medialuna en el café con leche.

—Será un tipo muy ordenado —ironizó Pepe, pasando el trapo rejilla por el mostrador.

Pepe es, en esencia, un hombre formal y rara vez bromea, pero lo cierto es que, tal como había sido publicada la información, era muy difícil tomarla en serio. Si bien las notas abundaban en detalles que describían las deslumbrantes características de la mansión y la fabulosa riqueza de Oliveira, apenas incluían unas pocas líneas

acerca del motivo que había ocasionado semejante revuelo periodístico. En resumidas cuentas, sólo decían que el mayordomo de la residencia había ingresado al estudio muy temprano, para ocuparse de la limpieza, y había hallado el dichoso cajón abierto que desató la tormenta. Imaginé el escándalo que hubiese armado ese buen hombre si le hubiera tocado encontrarse, sin previo aviso, con el cotidiano espectáculo que ofrecen los cajones de mi escritorio. Pero yo no soy millonario, no tengo mayordomo y la limpieza no es una de las prioridades de mi bufete de abogado (tampoco de sus virtudes, debería admitir).

♦

A esas horas de la mañana, el bar de Pepe es un lugar tranquilo y silencioso, frecuentado, salvo excepciones, por sus parroquianos habituales: toda gente de trabajo y yo que, cuando lo tengo, también lo soy. Por esa razón, el enorme televisor de treinta pulgadas, recientemente incorporado a sus instalaciones, permanece apagado hasta el mediodía. Esta regla sólo es vulnerada cuando un evento extraordinario lo justifica. Y éste, decidió Pepe, lo era.

Los canales de noticias repetían, con ligeras variantes, lo que ya conocíamos, y exhibían el impresionante despliegue que habían montado frente al domicilio de Oliveira. Camarógrafos, reporteros y curiosos se apretujaban entre el férreo cordón policial que les cerraba el paso hacia la casa y un puñado de astutos vendedores ambulantes, recién llegados con la esperanza de abastecer a la jauría humana congregada en el sitio.

Algunos cronistas, para llenar el vacío de información (o para profundizarlo, según se mire), entrevistaban a los escasos vecinos que se prestaban al diálogo y que, previsiblemente, no aportaban ningún dato significativo. Otros, a falta de novedades, procuraban alimentarlas reiterando hasta el cansancio las nunca aclaradas denuncias que involucraban al empresario con *Aguasblandas*, una compañía fantasma que, en las últimas semanas, había sido descubierta en turbios negociados de lavado de dinero y tráfico de armas.

Ya había perdido el interés en el asunto cuando, de repente, la aparición de una nueva imagen en la pantalla volvió a concitar mi atención. Asediado por un grupo de periodistas, en la esquina del Departamento Central de Policía, sobresalía el inconfundible rostro del comisario Galarza.

—¡Oye...! ¿No es tu amigo, ése? —exclamó Pepe, quien, por lo visto, continuaba bajo los influjos de su singular sentido del humor.

Ambos sabíamos que el comisario Galarza no es amigo de nadie y mucho menos mío.

Nos habíamos enfrentado en varios casos[1] y nuestra relación se basa, desde entonces, en una mutua, aunque respetuosa, antipatía. Pero es un tipo recto e imaginé que si había accedido a hablar con la prensa era porque tenía un anuncio concreto que hacer. Y así fue.

—*En relación con el hecho ocurrido esta madrugada en la residencia del señor Luis Oliveira* —dijo—, *estoy en condiciones de comunicar que se ha identificado a un sospechoso y que se ha procedido a su arresto. Es todo por ahora. Buen día.*

Luego amagó con retirarse, pero el acoso de los reporteros lo detuvo.

—*¡Comisario! ¡Comisario! ¡No se vaya! ¡Díganos el nombre! ¡El nombre del sospechoso...!* —gritaban.

Galarza pareció dudar ante el reclamo y eso me intrigó. Él jamás duda; ni siquiera cuando se equivoca. A ese hombre la presión del periodismo debía de afectarlo menos que una tibia brisa de verano. Sin embargo, esta vez no terminaba de decidirse. Al fin, visiblemente incómodo sacó un papel de su bolsillo y, como si adivinara las inevitables consecuencias de ese acto, lo leyó en voz baja:

—*El detenido es Daniel Alfredo Taviani.*

1 Ver *El caso del cantante de rock*, *El caso del videojuego* y *El caso de la modelo y los lentes de Elvis*

El efecto que provocaron aquellas palabras fue fulminante. Un silencio generalizado apagó todas las voces y el estupor estalló ante las cámaras de televisión, enmudeciendo por igual a los cronistas que rodeaban a Galarza y a la enorme audiencia que en esos momentos se hallaba frente a las pantallas. Si había algo que nadie esperaba era escuchar ese nombre mencionado en un sórdido parte policial. Porque Daniel Alfredo Taviani, lejos de ser un desconocido, era la más reciente y firme promesa del fútbol nacional.

La rapidez con que se estaban precipitando los hechos en este extraño asunto era sorprendente. No sólo habían alcanzado una difusión excepcional en las pocas horas transcurridas desde el episodio del mayordomo, sino que, además, la policía ya había apresado a un sospechoso.

Y todo por un cajón abierto.

♦

Al cabo de un rato subí a mi oficina. Aunque no tenía ningún caso entre manos, el día pintaba bien. Había conseguido un par de juegos nuevos para la computadora y la falta de trabajo era el pretexto ideal para dedicarme a ellos sin remordimientos. Pero no llegaría a darme el gusto. Acababa de encender la máquina, cuando dos golpes en la puerta alteraron dramáticamente mis planes.

Era Pepe. Si bien su bar se halla en la planta baja del edificio, podía contar con los dedos de una mano las veces que había estado en mi oficina. Por eso, y por la severidad de su rostro, asumí que su visita no sería un mero acto social. Estaba acompañado por una mujer con quien lo había visto conversar en algunas ocasiones, pero jamás me había hablado de ella. Hasta esa mañana.

—Ésta es Pilar —dijo—. Su familia es de mi pueblo y necesita de tí.

Fue suficiente. Aquella era una indicación de que la cosa venía en serio y, también, una clara advertencia. El *pueblo* al que se refería era, en realidad, la aldea de sus ancestros en Galicia y, pese a que nunca había puesto un pie allí, todo lo relacionado con ese lugar tiene, para él, un carácter sacramental. En su particular código de valores, Pepe había establecido que esa mujer era su familia y que un pedido suyo era como si él mismo lo formulara.

Pilar parecía rondar los setenta años. Menuda, de rasgos duros y mirada de acero, era la clase de persona con la que uno no desea mantener una discusión. Consciente de ello, procuré ser amable y le ofrecí una silla. Pero la anciana rehusó la invitación con un gesto de impaciencia, obligándonos a permanecer de pie junto a la puerta.

—No tengo tiempo que perder —dijo—. Quiero sacar a alguien de la cárcel. ¿Puedes?

Por lo visto la señora no se andaba con vueltas. Hacía menos de un minuto que la conocía y había logrado ponerme a la defensiva, en mi propia oficina, sin que yo todavía supiera por qué.

—Depende —balbuceé—. ¿De qué está acusado?

—De nada —respondió.

Si lo que buscaba era desconcertarme, debía admitir que lo estaba consiguiendo. Aun así, me las arreglé para articular una opinión aceptable.

—Bueno, supongo que en ese caso será sencillo.

—Tal vez no... —intervino Pepe.

—¿Por...? —pregunté.

—Porque es el futbolista que vimos hace un rato en la tele...

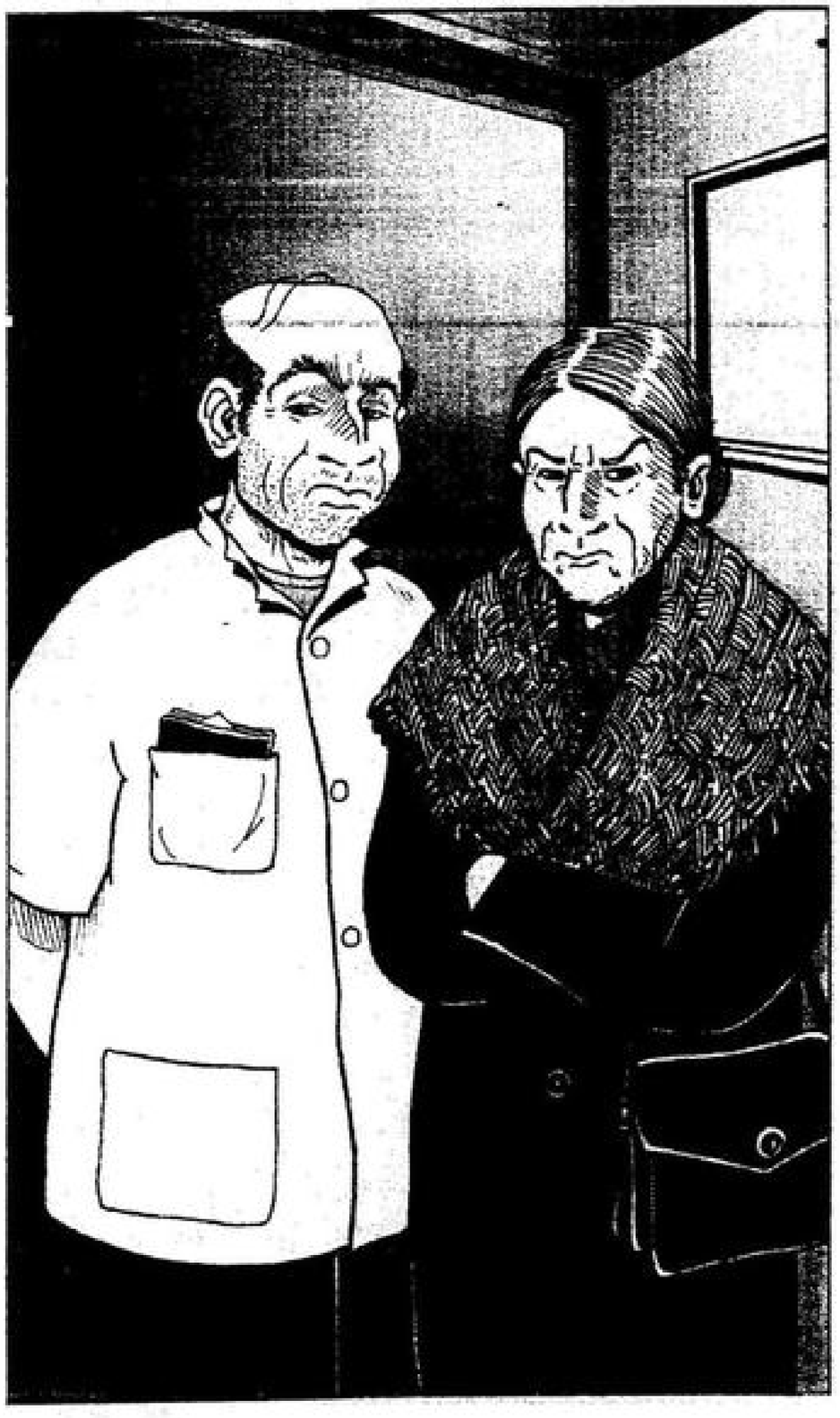
Lo primero que pensé fue que me estaban tomando el pelo, pero para eso hay que tener sentido del humor y Pilar, se me ocurrió, no lo tenía. En cuanto a Pepe, yo había sido testigo de que unas horas antes había agotado su dosis anual de ironías.

Esos dos estaban hablando en serio.

◆

Mis esfuerzos por imaginar la vinculación de la anciana con un implicado en el entuerto del cajón abierto fueron tan inútiles como mi pretensión de encarrilarla hacia una conversación ordenada. Esa mujer era inmune al diálogo. Ignoraba la mayoría de las preguntas que le hacía y sólo respondía, con evidente fastidio, a las que ella consideraba importantes. Sin embargo, debo reconocer que no tardé en armarme un cuadro de situación bastante claro. O ella era más expresiva de lo que yo creía, o mi cerebro había adquirido insospechadas facultades telepáticas para entenderla.

Pilar era la encargada del edificio donde vivía Taviani desde su llegada a Buenos Aires, hacía ya varios meses. Al muchacho, que había llevado una existencia muy simple en el interior, le costaba adaptarse a su nuevo estilo de vida en la ciudad. Tímido por naturaleza, sin amistades y carente de experiencia para enfrentar la súbita notoriedad que había alcanzado, buscó apoyo en la única persona que lo había ayudado en sus necesidades cotidianas. La amiga de Pepe. Al principio, sólo se había ocupado de cocinarle ocasionalmente o de mantener su ropa limpia y planchada pero, poco a poco, esa relación fue afianzándose hasta que ella terminó por convertirse en una especie de madre sustituta para el futbolista.



Confieso que no me resultó fácil concebirla en ese rol, pero me cuidé de mantener la boca cerrada. En honor a la verdad, ni siquiera me hubiese atrevido a sugerírselo.

—Vea, señora —dije, en cambio—. Daniel Taviani es muy valioso para su equipo. El club tiene sus abogados que, probablemente, ya estarán trabajando en esto...

—Él no los va a aceptar —me interrumpió, con firmeza—. No confiamos en ellos y, mucho menos, en los abogados.

—Yo soy un abogado —me animé a recordarle.

—Es diferente. Tú has sido recomendado —afirmó, mirando a Pepe, quien asintió con un gesto grave.

No supe si tomarlo como un cumplido o una amenaza, pero preferí no pensar en ello y apagué la computadora. Los juegos deberían esperar. Ahora tenía un nuevo caso.

♦

A nadie le gusta entrar en el Departamento Central de Policía y yo no soy la excepción. Pero tenía que hablar con Taviani y, si le había entendido bien a Pilar, deduje que se hallaría detenido allí. La inusual presencia de periodistas, apostados frente a la puerta principal, confirmó esa suposición. Así que pasé junto a ellos, respiré hondo y subí las escalinatas anhelando salir cuanto antes de ese edificio.

El oficial de guardia me inspeccionó de arriba abajo cuando le presenté mi credencial de abogado. Seguramente esperaba que anduviese de chaqueta y corbata, pero yo sólo me vestía de esa manera para casamientos o velorios. Sin embargo, me reservé esa confidencia. Después de todo no estaba allí para hablar de ropa.

—Taviani no quiere abogados —dijo, al fin—. Ya vinieron los del club y no los recibió.

—A mí me va a recibir. Dígale que me manda Pilar —le respondí, con más vehemencia que certeza.

—¿Quién...? —preguntó.

—Pilar —repetí, cruzando los dedos.

El tipo levantó el tubo del teléfono sin ganas y transmitió el mensaje. En su boca, resultaba menos convincente de lo que yo había creído. Pero no llegué a preocuparme. Tras unos segundos, farfulló:

—Tercer piso, oficina 304.

Si esperaba una mirada de asombro de su parte, me quedé con las ganas. No había logrado impresionarlo. Ahí nadie se impresiona fácilmente.

♦

La oficina 304 no era un calabozo, pero hacía poco por desmentirlo. Algunos muebles, ninguna ventana y un tubo fluorescente que, de tanto en tanto, parpadeaba en el techo. Para completar el cuadro, un fulano de uniforme cerró la puerta a mis espaldas no bien entré.

Taviani parecía más pequeño de lo que imaginaba. Tal vez porque sentado en esa habitación, junto a un escritorio vacío, costaba asociarlo con sus momentos de gloria en la cancha o, tal vez, porque todos parecemos más pequeños en el Departamento Central de Policía. Todos, excepto los canas.

Nuestro primer encuentro no fue auspicioso. Me recibió en silencio y apenas si respondió a mi saludo con un leve movimiento de su cabeza. Atribuí su recelo al hecho de que, para él, yo era un perfecto desconocido y decidí apelar a mi simpatía profesional para ganar su confianza. Dado que aún no había visto su expediente, me senté frente a él y le pedí que me contara, con sus propias palabras, por qué lo habían detenido.

Fue económico. Usó exactamente dos:

—No sé.

«Estamos igual», pensé, aunque me mordí la lengua. Se suponía que yo estaba allí para ayudarlo.

—¿Qué razón te dieron al arrestarte? —pregunté, procurando simplificarle las cosas.

Pero el tipo no colaboraba. Sólo se limitó a encogerse de hombros.

—¿Y cuando llegaste aquí...? —insistí.

No me fue mejor. Ahora ni siquiera pestañeó.

Esto no sería sencillo. A Taviani no le gustaba hablar o se resistía a hacerlo. Comprendí que, de seguir así, perdería el día entero en el intento, de modo que me guardé la simpatía para una ocasión más propicia y fui directo al punto:

—¿Estuviste ayer en el estudio de Oliveira?

Esta vez, sí, tuve suerte. Dijo:

—No.

—Bien. Ya es algo —respiré con cierto alivio y me acomodé en la silla.

En realidad no tenía muchos motivos. Mi cliente era una tumba y todavía ignoraba de qué lo acusaban, pero al menos podía situarlo fuera del escenario de los hechos.

—De acuerdo —afirmé—. Para empezar, vas a declarar que no estuviste en la casa de Oliveira.

Taviani no contestó. En lugar de ello, bajó la cabeza y adiviné que mi paciencia sufriría un duro revés.

Y así fue.

—No puedo... —dijo.

—¡¿Cómo que no...?! —exclamé, al borde de un ataque de furia—. ¡¿Qué es lo que no puedes...?!

—Declarar eso.

—¡¿Por qué?!
—Porque ayer yo estuve en su casa...

♦

No los cansaré con la reproducción del diálogo que siguió a la sorprendente revelación de Taviani. Sólo diré que fue largo, agotador y, por momentos, exasperante. Una vez descifradas las escasas respuestas que conseguí arrancarle, la explicación de su presencia en esa casa resultó ser, en cambio, bastante sencilla. La tarde previa, el futbolista había asistido a una recepción en la residencia de Oliveira.

A pesar de que esta novedad complicaba la situación de mi cliente más de lo que había creído, no me alarmé demasiado. Si bien había estado en la mansión, lo cierto era que no había sido el único. De acuerdo con sus estimaciones, a la fiesta habían asistido alrededor de treinta personas. O sea que la lista de sospechosos había aumentado notablemente.

En ese instante, la irrupción de un policía en la oficina suspendió mis especulaciones.

—El comisario Galarza quiere verlos —anunció, desde la puerta, haciéndonos una seña para que lo sigamos.

Aunque hubiese preferido contar con mayor información antes de encontrarme con él, resolví no hacerlo esperar. Nunca es bueno hacer esperar a un comisario.

♦

Galarza nos aguardaba en su despacho. Tenía el mismo aspecto que en el noticioso de la mañana, pero el gesto incómodo de aquel instante frente a las cámaras había desaparecido. Por el contrario, su rostro, ahora, era el habitual. Inexpresivo y frío.

Eso no me gustó.

—La recepción de ayer empezó a las 19 y terminó a las 22 —dijo, obviando los saludos—. ¿A qué hora se retiró usted?

Eso tampoco me gustó. Se estaba dirigiendo a Taviani, ignorándome deliberadamente. Habíamos empezado mal.

—¿De qué recepción está hablando? —intervine, determinado a poner las cosas en su sitio.

Los tres, en esa habitación, sabíamos de qué se trataba, pero yo quería forzarlo a responderme. Por otra parte, fue lo primero que se me ocurrió.

Y dio resultado. Galarza, observándome de reojo, contestó:

—De la que se hizo en la casa de Luis Oliveira. El señor fue invitado y queremos saber cuándo se marchó.

—¿Por qué?

—De eso hablaremos más tarde —insistió, pronunciando cada palabra como si la masticase—. Antes necesito confirmar a qué hora se fue de la reunión.

—No, comisario. Antes debemos saber de qué se lo acusa.

Galarza parpadeó y presentí que había dado en el clavo. Durante unos segundos nos miramos en silencio, midiendo fuerzas, y cuando creí que ya lo tenía, Taviani, inesperadamente, abrió la boca.

—No me acuerdo —dijo.

Hubiese querido matarlo, pero estaba en el lugar menos indicado para ello. Además, me hubiera quedado sin cliente.

Galarza, satisfecho, insinuó una sonrisa. Muy calmo, se levantó de su silla y se acercó a un televisor ubicado en el rincón del despacho.

—Tal vez esto se lo recuerde —sugirió.

Luego introdujo una cinta de video en la casetera que se hallaba sobre el aparato y la puso en marcha.

◆

La imagen, sin sonido, mostraba a un grupo de gente cruzando la enorme puerta de dos hojas de la mansión Oliveira. La mayoría de ellos eran conocidos: artistas, modelos, deportistas,

políticos. Algunos muy elegantes, otros procurando serlo, avanzaban en una línea ordenada frente a una cámara oculta tras la cabeza canosa de un hombre que verificaba sus invitaciones. Sonreían, despreocupados, sin saber que sus rostros eran registrados con meticulosa precisión por sus desconfiados anfitriones. La grabación, evidentemente, pertenecía al servicio de seguridad que custodiaba la residencia.

Galarza adelantó la cinta hasta llegar al lugar que le interesaba y allí la congeló. Era Taviani, enfundado en un extraño impermeable celeste, en el momento de ingresar a la reunión. A diferencia del resto, se veía serio, casi preocupado. En el ángulo inferior de la pantalla, un reloj sobreimpreso establecía que había llegado a las 19:06.

—Supongo que estamos de acuerdo con que ése del impermeable es usted —dijo.

Imposible negarlo; la imagen era clarísima.

—Bien —continuó—. Ahora veamos la segunda parte.

El enfoque era idéntico sólo que, en este caso, la gente se desplazaba en sentido contrario, retirándose de la casa. Fueron diez largos minutos de tiempo real, que concluyeron cuando el mismo canoso de antes cerró las puertas. La fiesta había terminado con la partida del último invitado a las 22:21. No me costó mucho deducir lo que se pro-

ponía Galarza. Taviani no estaba entre ellos.

La mano venía mal y con los naipes que me habían tocado, supe que no iría demasiado lejos. Me quedaban dos caminos: callarme o alardear.

Por supuesto, elegí alardear:

—Esto es muy interesante, comisario, pero ¿qué está tratando de probar? —dije, apenas detuvo el video.

—Que su cliente no se fue con el resto.

—Para mí, lo único que prueba esa cinta es que Taviani no fue tomado por la cámara —repliqué, con una suficiencia que no sentía—. El pudo haber salido tapado por alguien del montón o...

—No se moleste, abogado. No vale la pena —me interrumpió Galarza y volvió a conectar el aparato.

Su juego no había terminado aún.

La escena, ahora, era distinta. Semiescondido entre las ramas de una densa enredadera, aparecía un pequeño portón metálico. Estaba cerrado.

—Es la entrada de servicio de la mansión —aclaró Galarza.

Durante un rato, nada sucedió. El cuadro se mantuvo estático hasta que, de repente, el portón se abrió y una silueta, cubierta por una especie de túnica con la obvia intención de ocultar su cara, asomó por el hueco.

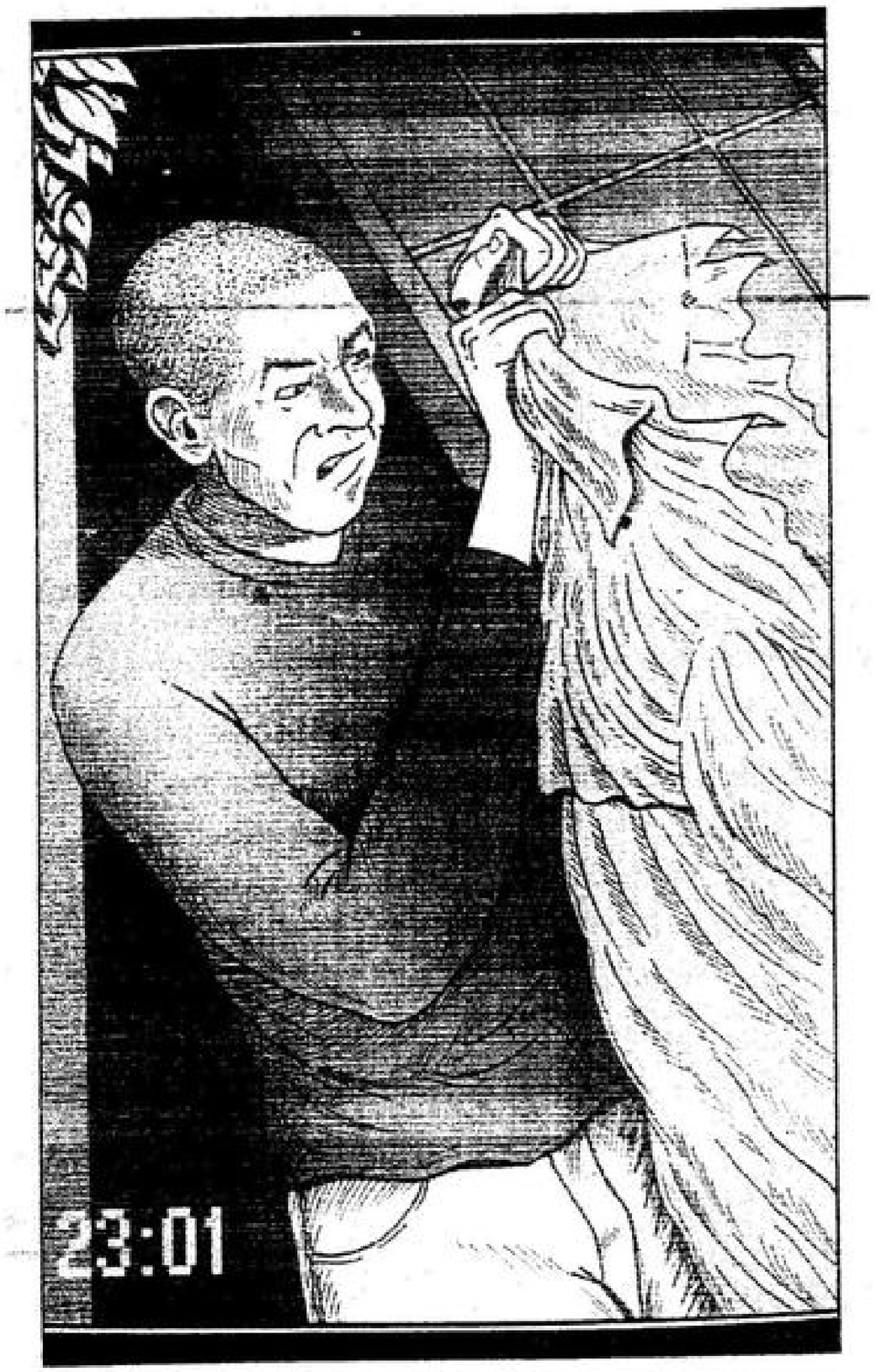
La puntada aguda de una alarma sacudió mi sistema nervioso al descubrir que esa túnica era, en realidad, un impermeable celeste. Pero eso no fue todo. Tan pronto salió a la calle la silueta cometió un error incomprensible. Aunque sostuvo la protección de su improvisado escudo visual hacia el frente, se dirigió hacia la derecha, justo donde estaba la cámara, exponiendo nítidamente su rostro ante ella.

Era, ya lo habrán imaginado, Daniel Alfredo Taviani y el reloj indicaba las 23:01.

Galarza se había guardado su mejor carta para el final.

♦

Abandoné el Departamento Central de Policía con el ánimo por el suelo. La contundencia del video no sólo había desbaratado los pocos argumentos que tenía, sino que, además, profundizó el hermetismo de Taviani. Tanto, que no volvió a responder ninguna pregunta. Ni siquiera las mías. Galarza, interpretando su silencio como una admisión de culpabilidad, lo mantuvo detenido bajo el cargo de «intrusión a propiedad ajena». El cargo era absurdo, pero no pude objetarlo. No tenía con qué. Esos cuarenta minutos de los que Daniel se negaba a hablar me habían dejado en blanco. Era la primera vez en mi carrera que debía lidiar con un cliente reacio a defenderse y,



aunque jamas había renunciado a un caso, llegué a considerar esa posibilidad muy seriamente.

Sin embargo, era hora de almorzar y no de tomar decisiones. Nunca es bueno hacerlo con el estómago vacío. El bar de Pepe estaba cerca y el plato del día era milanesa rellena. Nadie las hace mejor que él: crocantes por fuera y rebosantes de *mozzarella* derretida por dentro. No lo pensé más: cambié el rumbo y hacía allí dirigí mis pasos.

Al cruzar la calle me distrajo un estruendo de bocinas. Un Ford azul con vidrios polarizados había clavado los frenos en medio del tránsito, provocando un pequeño embotellamiento a cierta distancia. Seguí mi camino. Yo andaba a pie y aquél no era mi problema.

Al menos, eso fue lo que creí.

♦

Definitivamente las milanesas rellenas levantan el ánimo. Mucho más si son dos y vienen acompañadas con papas fritas.

Hacía apenas un rato que me hallaba en el bar y ya veía las cosas de otra manera. Pepe me había reservado un lugar junto al mostrador y me había servido de inmediato. El televisor estaba encendido, pero no le presté demasiada atención. Las maniobras para evitar que el queso fundido se escurriera de la milanesa exigían toda mi concentración. Recién con

los últimos bocados recuperé el pleno uso de mis sentidos y descubrí que estaban hablando del «Escándalo Taviani». Así lo llamaban.

Salvo el dato de la recepción realizada en la mansión Oliveira, el resto de la información era la misma que a la mañana. Le pedí a Pepe el control remoto y elegí otro noticioso. Fue muy oportuno. Un fulano de traje gris, rodeado de periodistas, leía un breve texto:

—*...y ante los hechos de dominio público que involucran al presidente del Grupo, deseamos puntualizar que el señor Luis Oliveira se encuentra en el exterior desde hace una semana y desmiente la gravedad de los mismos. Muchas gracias.*

El fulano era el vocero del empresario y acababa de lanzar una bomba. El estallido no se hizo esperar. Un aluvión de preguntas brotó al unísono en la concurrida conferencia de prensa, pero él, impasible, no respondió a ninguna. Custodiado por varios grandotes con cara de pocos amigos, se limitó a desaparecer tras una puerta.

Si lo que había buscado con esa extraña desmentida era esclarecer lo sucedido en la casa de su jefe, podía decirse que había logrado, exactamente, el efecto contrario. Ahora, el misterio del cajón abierto se veía más confuso que antes.

Sin embargo, algo estaba claro. Oliveira quería restarle importancia al asunto. Ignoraba sus razones, pero a mí me convenía y no dejaría de aprovecharlo.

Suspendí el postre y fui a buscar el Citroën.

Por el momento, seguía en el caso.

2

La mansión Oliveira quedaba en las lomas de San Isidro. Desde esa mañana era el domicilio más conocido del país, así que no me costó mucho localizarla. Ocupaba una manzana entera y una muralla de dos metros de altura la protegía de visitas indeseables. Esperaba no encajar en esa categoría porque me proponía visitarla.

Con la única excepción de los camiones de televisión y de algunos reporteros, la calle estaba desierta. Se hallaban cerca de la entrada principal y supe que, para evitarlos, debía actuar con rapidez. Avancé lentamente delante de ellos y al llegar a la entrada, de improviso, giré el volante hasta ubicar el auto frente a un sólido portón de acero que, por supuesto, estaba cerrado.

Imaginé que habría un timbre para tocar, como en cualquier casa de vecino, pero imaginé mal; esa no era cualquier casa, ni su dueño un vecino cualquiera. Lo que había era una casilla de vigilancia embutida en el muro y dos guardias llenos de músculos que me miraban sorprendidos tras un vidrio más sólido que el portón. Se me

ocurrió que a esos tipos no les agradaba ser sorprendidos, pero ya era tarde para remediarlo.

—¡¿Qué hace?! —gritó uno de ellos a través de un megáfono oculto.

—Vengo a ver a la señora de Oliveira —respondí, sin saber muy bien hacia dónde hablar.

—La señora no recibe a nadie. ¿Quién es usted?

—Soy el abogado de Taviani y puedo conversar con ella... o con ellos... —dije, haciendo una seña con el pulgar hacia los periodistas, que empezaban a aproximarse—. Usted decide...

Había dado en el clavo. El hombre sólo dudó un instante antes de abrir. Su jefe no quería más escándalos y él no deseaba correr el riesgo de provocarlos.

♦

Apenas crucé el portón, apareció el guardia. Venía acompañado por un dóberman que traía todos sus dientes encima... y me los mostraba Eran grandes, muy grandes.

—Estacione ahí —ladró (el guardia, no e dóberman).

Obedecí y cuando intenté abrir la puerta me advirtió:

—No se lo aconsejo.

El gruñido del animal terminó de conven cerme y permanecí sentado en el auto. Suelo caer les bien a los perros, pero con ése no me hice ilusiones. Me miraba como si fuera el enemigo y tenía el aspecto de haberse masticado a unos cuantos.

Al cabo de varios minutos interminables, el tipo escuchó algo en el audífono que llevaba, y dijo:

—Puede pasar.

Respiré aliviado y puse el Citroën en marcha. Felizmente arrancó enseguida.

El sendero, de pedregullo rojizo, se internaba en un parque arbolado que descendía suavemente hasta el borde de una barranca suspendida sobre el río. Allí se levantaba la casa, por llamar de alguna manera a aquella enorme construcción blanca que resplandecía bajo el sol de la tarde. Oliveira, había que admitirlo, vivía bien.

Me detuve justo al pie de la escalinata que conducía a la puerta principal. Aunque había otros autos estacionados a unos metros de distancia, no quise exponerme a nuevas sorpresas, con el animalito de la entrada ya había tenido bastante.

Uno de esos autos era un Ford azul, igual al que había provocado el incidente de tránsito cerca del Departamento Central de Policía, pero había cientos de Ford azules en la ciudad y, aún siendo el mismo, no tenía motivos concretos para sospechar de él. Me olvidé del asunto y subí los escalones, preguntándome si esta vez encontraría un timbre.

No alcancé a averiguarlo; la puerta se abrió antes y un mayordomo de uniforme salió a recibirme.

—Buenas tardes, señor. ¿A quién debo anunciar?

Pese a que no tenía mucha experiencia con mayordomos, a éste lo conocía. Era el canoso que había visto en el video. Hubiese querido hablar con él al respecto, pero decidí reservarlo para el final.

Le entregué una de mis tarjetas y me hizo pasar a un imponente vestíbulo forrado en mármol.

—Aguarde aquí, por favor —dijo y se alejó.

El panorama interior de la mansión no tenía nada que envidiarle al exterior. Sólo que era más lujoso. Desde donde estaba, se podía apreciar parte de la sala y llegué a la conclusión de que, quitándole los muebles, no hubiese sido difícil organizar allí un campeonato de básquet con público y todo.

—La señora lo atenderá ahora. Sígame, por favor.

♦

La señora en cuestión era la cuarta esposa de Oliveira. Nunca supe quién fue la primera, pero las últimas habían sido modelos, o algo así. Tenían, además de eso, un par de atributos en común. Eran bellas y jóvenes; mucho más jóvenes que el empresario. Ésta se llamaba Soledad y rondaba los veinticinco años. Él, en cambio, pisaba los setenta. Se habían casado el verano anterior, en Miami, tras un rápido y seguramente costoso divorcio de la predecesora. La noticia había cebado a la prensa del corazón a lo largo de varias semanas. La diferencia de edad y la riqueza de Oliveira fueron, por cierto, la comidilla que alimentó esas notas para tejer toda clase de suposiciones, chismes y comentarios.

Ajeno a estas reflexiones, el mayordomo me guió hasta una amplia terraza que se extendía a continuación de la sala. Allí se hallaban la piscina y Soledad. Una combinación inquietante.

Era demasiado hermosa, más que en las fotografías, y eso me preocupó. La hermosura femenina suele intimidarme. Tendida en una reposera blanca, apenas cubierta por un breve traje de baño esmeralda, ella parecía protagonizar una costosa producción publicitaria y yo, pese a mis prevenciones, un intruso a punto de caer en su red tecnicolor.

—¿Así que eres abogado? —dijo, quitándose los lentes ahumados.

Sus ojos, del mismo tono que el traje de baño, se clavaron directamente en los míos.

—Ahá... —contesté como pude.

—¿Y qué quiere un abogado conmigo? —preguntó, con una sonrisa capaz de derretir a un témpano.

A Soledad le gustaban los juegos peligro-

sos y aunque algunas ideas cruzaron por mi atribulada cabeza, las descarté de inmediato.

—Mi cliente es Daniel Taviani. Ya estarás enterada del problema que tiene.

—¡Ay, sí! ¡Pobre...! Lo vi por la tele. Todavía no sé lo que pasó...

—Yo esperaba que tú me lo expliques —reaccioné.

—La verdad es que acabo de enterarme. Hoy me levanté muy tarde.

—O sea que tú no hiciste la denuncia.

—¿Yo...? —replicó sorprendida—. No. ¿Por qué?

Confieso que su respuesta me desconcertó.

—Bueno... Ésta es tu casa. Anoche hubo una fiesta y aparentemente alguien se metió en el escritorio de tu marido. Como él no está, yo pensé que...

—No. Yo no me ocupo de esas cosas.

Me hubiera encantado saber de qué cosas se ocupaba, pero en lugar de ello, pregunté:

—¿Y no se te ocurre quién habrá sido?

—No sé... Tal vez Inés. A ella le fascina controlar todo —sugirió, con fingida naturalidad, pero no logró evitar que la voz se le enronqueciera al pronunciar ese nombre.

—¿Inés...?

—Es la hija de Luis —dijo, acomodándose un mechón rubio que le caía sobre la frente.

—Ahá. Y supongo que tampoco sabrás lo que robaron.

Tampoco lo sabía. No alcancé a determinar si el despiste de ella era genuino o una actuación brillante. Como sea, no había conseguido averiguar nada. Nada, excepto que Soledad parecía no querer demasiado a su hijastra.

La dejé en su reposera blanca, acomodándose el mechón rubio que, por lo visto, era muy rebelde.

♦

Al regresar a la sala, me encontré con una mujer joven. No tuve que hacer ningún esfuerzo para adivinar quién era.

—Soy Inés Oliveira —dijo, saliéndome al cruce.

La hija del empresario era alta y delgada. Iba vestida con un severo traje gris y llevaba un gran pañuelo de seda violeta anudado al cuello. Intenté presentarme, pero ella se anticipó con un rápido gesto de su mano:

—Ya sé quién eres. Acompáñame por favor. Tenemos que hablar.

Y sin esperar respuesta, se dirigió hacia un corredor que terminaba en una puerta de bronce macizo. Segura de que la había seguido, se acercó a una pequeña consola disimulada en la ornamentación del marco y presionó varios botones. Un chas-

quido brotó de las profundidades del muro y la pesada puerta se deslizó en silencio. abriéndonos paso a una habitación cuya fastuosidad me impactó más allá del asombro. La opulencia de los muebles, cuadros, alfombras y objetos acumulados allí era sobrecogedora. Tardé varios segundos en comprender que nos hallábamos en el estudio de la mansión. Tal vez porque los estudios son lugares de trabajo y ése no lo era. Tenía otro propósito. Aquel sitio había sido concebido para impresionar, igual que un templo. Para que no quedaran dudas a quién estaba consagrado, tras el escritorio colgaba un enorme retrato de Luis Oliveira y justo debajo de él, en ese orden, la estatua original de un dios griego. A ese hombre, la modestia debía importarle muy poco.

Inés se instaló en el sillón principal y me indicó una silla.

—¿De qué tenemos que hablar? —pregunté, mientras me sentaba.

—De un contrato entre tú y yo —respondió, encendiendo un cigarrillo.

No estaba mal. Había empezado el día sin trabajo y éste era el segundo que me ofrecían.

Ella señaló un cajón del escritorio y dijo:

—Ahí falta algo y lo quiero de vuelta.

Habíamos entrado en terrenos resbaladizos. La aceptación de ese contrato era lo mismo que admitir la culpabilidad dc Taviani. Antes de rechazarlo, sin embargo, decidí averiguar qué pretendía:

—Así que falta algo... —sugerí, con la esperanza de que me revelase de qué se trataba.

Pero ella era astuta y se mantuvo en silencio.

—Porque recién estuve conversando con tu... —«madrastra», iba a decirle, pero su mirada helada me advirtió que no lo hiciera y me corregí a tiempo— ...con Soledad y ella no sabe nada de eso...

—Soledad nunca sabe nada de nada —exclamó—. Y tampoco debe enterarse.

—No sé si será posible. Después de todo, lo que había en ese cajón pertenece a tu padre y ella es la esposa...

—¡Eso no me importa! —replicó, quitándose bruscamente el pañuelo del cuello—. Yo soy la hija y la quiero fuera de esto. ¿Está claro?

Lo que estaba claro era que el sentimiento que se profesaban ambas mujeres era mutuo y que, por el momento, no me convenía insistir en ello.

—El negocio es simple —prosiguió—. Yo recupero lo que es mío y tú cobras una buena suma. El resto se olvida.

La palabra «negocio» jamás me agradó. En un negocio siempre hay alguien que gana y alguien que pierde. Y en este asunto, tal como ella lo presentaba, no había dudas de quién salía perdiendo.

—De lo que no puedo olvidarme es del tipo quc está en cana. ¿Qué pasa con él? Ustedes lo denunciaron... —le recordé.

—Yo todavía no hice ninguna denuncia, así que no te costará sacarlo. La única condición es que la entrega la hagas tú. A mí y a nadie más que a mí.

—Suponiendo que sepa de lo que estamos hablando —respondí.

—Por supuesto, pero si lo piensas bien, estoy segura de que no te va a costar demasiado.

Soledad no había exagerado. A la hija de Oliveira le gustaba tener todo bajo control.

♦

Apenas dejé el estudio, el mayordomo apareció de la nada para escoltarme hacia la salida. Mi visita a la mansión había concluido, pero no quería marcharme sin conocer su versión de los hechos. Sabía que la mayor virtud de su oficio era la reserva e imaginé que no sería fácil interrogarlo. Al llegar al vestíbulo, no obstante, decidí intentarlo:

—¿Usted descubrió el cajón abierto esta mañana?

El hombre no me contestó. Ni siquiera dio señales de haberme escuchado. Con gesto grave y distante, se limitó a abrir la puerta y deduje que, tan pronto la traspasase, la cerraría en mis narices para siempre, en castigo por la imprudencia cometida. Pero en lugar de ello, echó una rápida mirada sobre su hombro y la cruzó tras de mí. Luego, sin pronunciar palabra, descendió la escalinata a mi lado y recién cuando nos detuvimos junto al Citroën, dijo:

—En efecto, señor, fui yo.

El tipo era el maestro de la discreción pero, por algún motivo, estaba dispuesto a conversar conmigo. No era momento de indagar sus razones sino de aprovechar la oportunidad que me brindaba. Y eso hice:

—Obviamente usted posee la clave para ingresar al estudio.

—Sí, señor. Lo mismo que la señora Soledad y la señorita Inés.

—O sea que cualquiera de ustedes pudo abrir ese cajón.

—Podría ser, pero no iríamos demasiado lejos. El estudio es permanentemente monitoreado por una cámara. Todo lo que sucede allí es registrado en una cinta.

—¡Una cámara! ¡Pero si es así, el robo debió ser grabado! —reaccioné sorprendido.

—Sin dudas —respondió.

—Sin embargo, en los videos que le enviaron a la policía no pudimos verlo.

—Por supuesto. Supongo que esas cintas fueron enviadas a la policía por el personal de seguridad y ellos no controlan ese circuito.

—¿Cómo es eso?

—Muy simple. El señor Oliveira trata

importantes asuntos en el estudio y desea hacerlo, digamos, sin testigos.

—¿Y dónde está esa grabación?

—Lo ignoro. Por las mismas razones creo que sólo el señor Oliveira conoce la ubicación del equipo.

Comprendí que había llegado a un punto muerto con ese tema y resolví retomar la conversación inicia

—Bien. Volvamos a lo del cajón, entonces. ¿Qué hizo usted al encontrarlo abierto?

—Le informé al señor Oliveira. Se encuentra en el exterior, pero tiene un teléfono satelital.

—¿Y él le pidió que hiciera la denuncia...?

—No, señor, no hubo ninguna denuncia. El señor Oliveira fue muy preciso al respecto. El escándalo de *Aguasblandas* todavía está pendiente y él prefiere no agregar más publicidad en torno a su nombre.

—Pero alguien se ocupó de divulgarlo a los cuatro vientos —apunté.

—Me temo que sí —admitió, apesadumbrado—. Por eso quise hablar con usted. Verá, estoy próximo a jubilarme y no quisiera que...

—Entiendo. ¿Y sabe quién fue?

—No, señor, y es verdaderamente inexplicable. Salvo el señor Oliveira y yo, nadie se enteró de lo sucedido hasta que apareció por la televisión.

—¿Ni siquiera la señora o la hija?

—Es muy improbable: la señora dormía y la señorita Inés no vive aquí desde su discusión... —comenzó a responder, pero se detuvo de repente, como si hubiese advertido demasiado tarde que había cometido una infidencia imperdonable.

—No se preocupe; le aseguro que seré muy reservado —lo tranquilicé—. Yo tengo el mismo interés que usted en aclarar esta situación y cualquier detalle puede resultarme útil.

Mi argumento pareció convencerlo. Tras vacilar unos instantes, dijo:

—Hace más o menos un mes, el señor Oliveira y su hija tuvieron un... desacuerdo acerca de cierta documentación. Luego la señorita Inés se marchó a su departamento del centro y sólo viene para atender algunos asuntos cuando el padre está de viaje.

—Ahá. ¿Y de qué documentación se trataba?

—No lo sé. Un contrato, creo. En ese momento yo me hallaba en el jardín y todo lo que escuché fue que la señorita insistía con retirarlo de esta casa.

—¿Y Oliveira?

—Tengo la impresión de que al señor no le agradó la sugerencia de su hija.

El hombre me caía bien. Era la clase de persona que inspiraba confianza y eso, a la luz de las entrevistas mantenidas en aquella casa, signifi-

caba un cambio refrescante. Subí al auto y, antes de ponerlo en marcha, le pregunté su nombre.

—Ramón —respondió —. Ramón Chandler.

—Extraña combinación —reaccioné, al escucharlo.

El mayordomo esbozó una sonrisa enigmática y dijo:

—Es una larga historia.

—Tal vez algún día me la cuente.

—Todo es posible... —asintió vagamente.

Y nos despedimos.

◆

En la calle me aguardaba una sorpresa: dos patrulleros estacionados junto al portón y el comisario Galarza, frente a la casilla de seguridad, increpaba a uno de los guardias a través del vidrio. Estaba furioso. La rabia le hacía temblar el bigote y presentí que mi presencia no mejoraría las cosas.

No me equivoqué. Apenas me vio salir, exclamó:

—¡¿Y usted qué hace acá?!

Ignoraba lo que estaba ocurriendo, pero jamás discuto con un policía enojado.

—Vine a hablar con la mujer de Oliveira... —logré balbucear.

—¡¿Con la mujer de Oliveira?! —me interrumpió—. ¡Pero si éstos dicen que está ocupada...!

Entonces comprendí. Él también quería hablar con Soledad; la necesitaba para formalizar su acusación contra Taviani. Pero ella no sólo se negaba a recibirlo sino que, además, ni siquiera había tenido la delicadeza de inventar un pretexto aceptable para sacárselo de encima.

El tipo esperaba una respuesta y yo, a sabiendas de que no le gustaría, se la di.

—Sí, claro —dije—. Está tomando sol en la piscina.

A Galarza, en efecto, no le gustó nada, pero se cuidó muy bien de demostrarlo. Asimiló el golpe con cierta dificultad, respiró hondo y regresó al auto. Aunque no estaba acostumbrado a que desafiaran su autoridad, no desconocía que el poder de su placa tenía un límite. Y el apellido Oliveira, sin ninguna duda, lo era.

Me había dejado la pelota en los pies. No lo pensé dos veces:

—A propósito. Ella acaba de informarme que no denunció a nadie. ¿Qué va a hacer con mi cliente?

Galarza no contestó. No hizo falta. Ambos sabíamos que los videos habían sido una trampa para incriminarlo y que, sin una denuncia, no podía retenerlo más.

El gol fue inobjetable, nítido y contundente.

Apreté el acelerador y me alejé de allí con una sonrisa triunfal.

♦

La tarde era espléndida y me merecía el paseo. El Citroën, en perfecta armonía con mi estado de ánimo, ronroneaba apaciblemente y avanzaba pavoneándose sin melindres, entre los suntuosos últimos modelos que sobrevuelan la vanidosa atmósfera de la Avenida del Libertador. Encendí la radio y lo guié sin apuro hacia el centro. Quería llegar al Departamento Central de Policía después de Galarza, para darle tiempo a que cumpliese con nuestro tácito acuerdo.

Al llegar a Olivos, sin embargo, una sombra amenazadora, fugaz como un fantasma, refulgió en el espejo retrovisor. A treinta metros, asomándose detrás de una enorme camioneta japonesa, creí percibir la inquietante trompa del Ford azul. Fueron apenas unos instantes y no estaba seguro de lo que había visto, pero bastaron para ponerme los nervios de punta. El tamaño de la camioneta me impedía distinguirlo y el incesante tránsito de la avenida no me permitía cambiar de carril para desechar o confirmar mis sospechas.

De repente, algo sacudió mi atención. Era una voz imperiosa que reverberaba en el habitáculo del auto. Enseguida comprendí que la voz era lo de menos. Lo que contaba era lo que estaba diciendo. Un locutor había interrumpido el programa de radio con una noticia urgente:

—¡Cable de último momento en el caso Oliveira! Estamos en condiciones de informar que el conocido delantero Daniel Alfredo Taviani acaba de ser liberado por falta de pruebas en su contra. Reiteramos: Taviani ha sido liberado. Como se recordará, el popular deportista...

No escuché más. Galarza se había adelantado y desde el mismo patrullero había dado la orden que yo esperaba. Esa novedad disipó mis temores, ahuyentó fantasías nefastas de mi cabeza y adormeció los delirios persecutorios que me acosaban. Un hueco en el tránsito vino a reafirmar esa impresión. La camioneta japonesa se desvió hacia la izquierda y pasó velozmente a mi lado. Ningún Ford azul la seguía. O había desaparecido o nunca había estado allí. En todo caso, ya no importaba. Mi tarea había concluido.

♦

Taviani me había dejado, junto con sus números telefónicos, un mensaje en el contestador de mi oficina:

—Hola, Nico, habla Daniel. Ya estoy en casa. Mañana pasaré a verte, pero no quería dejar de agradecer lo que hiciste. Aquí está Pilar que también tiene algo que decirte.

Luego de varios segundos, escuché:

—*Gracias... Muchas gracias...*

Eso fue todo: tres palabras. La mujer era frugal. Conociéndola, imaginé lo que debió costarle hablar con un aparato y valoré su esfuerzo.

Eran más de las seis de la tarde y no tenía nada que hacer, así que, tras copiar los números a mi agenda, bajé al bar. Pepe, acodado en el mostrador, miraba la tele. Me senté en una banqueta e hice lo mismo. Aunque estaban refiriéndose a l liberación de Taviani, él no mencionó el asunt Sólo dijo:

—Hoy invito yo. ¿Qué deseas?

Tenía hambre y el pastel de manzana se veía muy tentador, pero no quise abusar.

—Un café —respondí.

Pepe se puso el paño de cocina al hombro, giró hacia la máquina y preparó el café. Luego, sin abrir la boca, me sirvió una porción doble de pastel.

3

Soledad me contemplaba desde el borde de la piscina, reclinada en su reposera blanca. Hechizado por el brillo de sus ojos esmeraldas y por el misterio prometedor de su sonrisa, nadé hacia ella. Al llegar al borde, su mano, tras acariciar graciosamente la superficie azul del agua, se elevó y dejó caer unas gotas sobre mi frente. Las esperaba tibias y suaves pero, por alguna razón, su contacto me erizó la piel. Y no de emoción, sino de frío; estaban heladas. Desconcertado, sentí el impulso de mirarla y descubrí que tenía los ojos cerrados. Los párpados me pesaban y me costaba levantarlos. Cuando al fin lo hice, el luminoso escenario de mi sueño en colores se desvaneció para ser reemplazado por el terrorífico cuadro de la más sombría pesadilla. Sólo que ésta era real.

Estaba en mi dormitorio, acostado en mi propia cama, rodeado por tres sujetos en impermeables empapados que me observaban desde las alturas. Uno de ellos tenía apoyado su brazo en la pared y la manga de su abrigo goteaba sobre mi cabeza.

—¡¿Q... qué es esto...?! —conseguí tartamudear antes de que el miedo me paralizase.

—Una visita —contestó el que estaba a mi lado, mostrándome unos colmillos que hubiesen espantado a un mastín.

Su respuesta no logró tranquilizarme. Aquellos tres parecían los pilares de un seleccionado de *rugbiers* expresidiarios y yo el desafortunado balón ovalado. Sin embargo, se me ocurrió que si se hubiesen propuesto borrarme del mapa ya lo habrían hecho.

Procuré incorporarme, pero el tipo dijo:

—No te molestes. Sólo vinimos a charlar contigo.

Sonó a advertencia y, consciente de que mis posibilidades de enfrentarlos eran las mismas que la de un mosquito oponiéndose a una manada de elefantes africanos, obedecí.

—Podrían haber tocado el timbre —sugerí, con los restos de dignidad que me quedaban.

—Es que no quisimos despertarte —ironizó «Colmillos».

Casi le agradezco, pero el más corpulento de ellos interrumpió nuestra conversación:

—¡Termina! —le ordenó y luego, dirigiéndose a mí, agregó:

—Escucha bien porque no pienso repetirlo. Tu cliente ya tiene lo que buscaba. El resto no es cosa suya. Dile que lo ponga en un sobre y se

lo entregue a la encargada de su edificio. Alguien pasará a buscarlo.

—¿De qué está hablando? —pregunté.

Pero el grandote me ignoró.

—Tienen dos días. Después no habrá más visitas sociales —prosiguió, a la vez que señalaba un bulto metálico bajo su axila izquierda. Había visto demasiadas películas de pistoleros y no tuve que esforzarme para adivinar su significado.

Convencido de que lo había entendido, dio la vuelta y salió del cuarto. Los otros dos lo acompañaron, aunque «Colmillos», antes de retirarse, no se privó de ofrecerme una nueva muestra de su dudoso ingenio.

—Sigue durmiendo —dijo—. Afuera llueve y hace frío.

Me hubiera gustado indicarle un buen lugar donde meterse sus consejos, pero supuse que mi recomendación no le caería bien y me quedé callado. No tenía sentido hacerse el valiente con un matón armado y, mucho menos, desde la cama.

♦

Permanecí inmóvil durante varios minutos y sólo cuando estuve seguro de que el único ruido que escuchaba era el de la lluvia golpeando las ventanas, me animé a abandonar el discutible amparo de las frazadas. Caminé en puntas de pie

hasta la sala y, tras asomarme, comprobé que, en efecto, se habían marchado. Corrí hacia la puerta del departamento y encajé con fuerza una silla entre el picaporte y el suelo. Un recurso bastante estúpido, dadas las circunstancias, pero recién entonces los latidos de mi corazón recuperaron un ritmo aceptablemente normal y pude razonar con cierta claridad.

La cerradura no mostraba rastros visibles de que hubiese sido violentada. Hice girar mi llave un par de veces y su mecanismo funcionaba igual que siempre; nadie hubiese podido afirmar que acababan de forzarla. Esos tipos eran profesionales y sabían lo que hacían. No dejaban huellas.

Pensé en llamar a Galarza, pero resolví que sería una pérdida de tiempo; todo lo que tenía era mi palabra y sin pruebas no lograría nada con él. Por otra parte, primero debía hablar con Taviani. Su situación era mucho más grave que antes; ya no se trataba de una mera acusación de robo. Ahora, lo que estaba en juego era su vida... y, también, la mía.

Había llegado el momento de exigirle la verdad.

♦

Todavía no eran las siete de la mañana y ahí estaba el hijo de mi madre, cruzando los límites de la ciudad en medio de un temporal y rogando que el limpiaparabrisas del Citroën no sufriese una de sus habituales crisis temperamentales. La autopista, barrida por un verdadero diluvio, aún se hallaba desierta e invitaba a la reflexión existencial: «¿Qué hacía yo allí, a esas horas en las que la mayoría de los seres sensatos se encontraban en la cama? ¿Por qué, a diferencia de todos los abogados que conocía, jamás me tocaban casos a resolver desde la comodidad de un escritorio, en horarios lógicos, sin pistolas ni amenazas. ¿Cómo me las arreglaba para meterme continuamente en semejantes líos?».

Pero ésas eran preguntas para las que no tenía respuestas y resolví dejarlas de lado. Las condiciones meteorológicas a las que estaba sometido me imponían urgencias más concretas. Los letreros del camino eran apenas visibles por el aguacero que caía y lo único que me faltaba era pasar de largo mi salida.

Un rato antes había intentado hablar con Taviani desde casa, pero sin suerte; su teléfono y su celular estaban conectados a un contestador. Con el tercer número que había anotado en mi agenda fui más afortunado: me atendió Pilar. Así supe que mi cliente había partido hacia «La Serena», la quinta de entrenamiento del club, para una práctica individual. Su preparador físico la había programado muy temprano con el deliberado propósito de evitar el acoso del periodismo.

«La Serena», no podía ser de otro modo, quedaba lejos. La lluvia, el insalubre madrugón padecido y la falta de un buen desayuno, se confabulaban para que mi estado de ánimo no fuese el mejor esa mañana.

Tras una interminable serie de desvíos y cambios de rutas, finalmente di con el acceso a la quinta. El portón estaba abierto lo atravese para dirigirme al edificio principal, ubicado, a corta distancia, junto a un pequeño bosque de eucaliptos. Justo en ese momento, un auto brotó a toda velocidad de entre los árboles y se me vino encima como una avalancha voraz y demoledora. Más debido a un acto reflejo que a una maniobra premeditada, atiné a girar el volante a la derecha y sólo por obra de un providencial milagro logré evitar que me embistiera. La oleada de agua que levantó al pasar a mi lado fue tan fuerte que sacudió al Citroën con la furia de un huracán, cubriéndolo por completo de un líquido barroso y oscuro. Despavorido, clavé los frenos y me quedé sin aire. Pero el terror que me provocó la inminencia de morir aplastado no fue nada comparado con la fugaz imagen que había sobrevolado mis retinas. Porque mis ojos, por unos instantes, lo habían percibido con absoluta claridad. Y, esta vez, no tenía dudas. Ese auto, que ya se alejaba vertiginosamente por el camino, no era otro que el fantasmal Ford azul con vidrios polarizados.

Recordé las amenazas del grandote en mi habitación y el filo helado de una terrible sospecha me estremeció hasta los huesos. Corrí hacia el edificio y entré en una especie de enorme recepción, atestada de andamios, herramientas y materiales de construcción. Desesperado, busqué a alguien que pudiera orientarme, pero no había un alma a la vista; aquel lugar parecía abandonado. En eso, escuché el eco de varias voces; provenía del fondo. Salté por encima de una pila de tablones y rodeé un montón de escombros hasta que llegué a un gimnasio cubierto. Allí, tres personas en ropas deportivas acomodaban algunas colchonetas. Ninguno de ellos era Taviani. Sin detenerme en explicaciones, les grité:

—¡Taviani! ¡¿Dónde está Taviani...?!

Los tipos se pegaron el susto de sus vidas.

—¡¿Dónde está?! —insistí—. ¡Es urgente...!

El que estaba más próximo a mí, señaló una puerta que daba a una escalera y dijo:

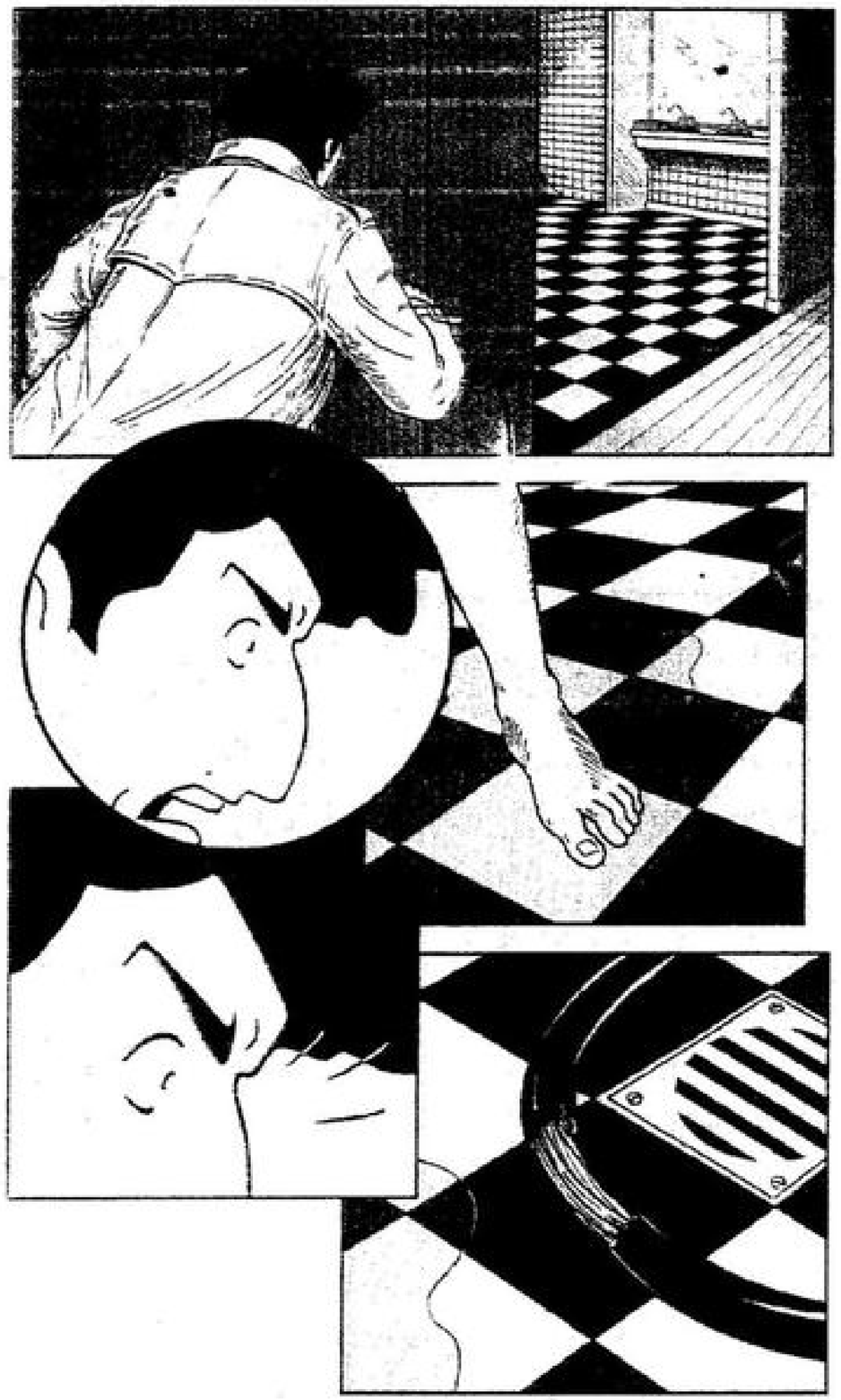
—En el vestuario, pero... ¿quién eres?

No le contesté; no había tiempo para presentaciones. Subí los escalones de dos en dos y aparecí en un recinto amplio y bien iluminado. No había nadie; el vestuario estaba vacío. Sin embargo, en uno de los bancos, había un bolso abierto.

—¡Daniel! —lo llamé, casi sin aliento—. ¿Estás aquí?

No hubo respuesta. Volví a hacerlo, pero nada. El único sonido que rompía el silencio era el de las duchas, ubicadas en un sector que se abría en ángulo recto, al costado del salón. Avancé con lentitud hacia allí, esperando lo peor. Cuando me encontré lo suficientemente cerca para acceder a un panorama más amplio del sitio, lo primero que vi fue el pie descalzo de Taviani y el agua que se deslizaba sobre las baldosas hacia una rejilla. A menos de un metro, agazapado e inmóvil, igual que una serpiente dispuesta a atacar, un grueso cable negro aguardaba apoyado en el suelo aún seco. La sangre se me congeló en las venas al descubrir que, en la sinuosidad oscura de su piel plástica, faltaba algo. Un segmento de la vaina que lo recubría había sido quitado, dejando desnudo su interior rojizo de cobre justo en el camino del agua hacia la rejilla. No era un experto en electricidad pero sabía que, apenas hiciesen contacto, un inexorable circuito fatal se cerraría en el sector de las duchas.

Sin pensarlo, me abalancé como una tromba encima de Taviani que, todavía envuelto en un toallón blanco, se aprestaba a quitárselo para tomar su baño. Sorprendido por mi intempestiva aparición, retrocedió espantado. Su brusca reacción y el piso resbaladizo estuvieron a punto de hacerle perder el equilibrio pero, antes de que ello sucediera, lo tomé del brazo y, de un



tirón, lo saqué de allí con toallón y todo. El salto que pegamos, aunque poco elegante, fue efectivo. Fuimos a dar contra unos armarios, en medio del vestuario, arrastrando varias filas de bancos en nuestra desprolija caída.

—¡Pero. ¿estás loco? ¿Qué te pasa...?! —exclamé, fuera de sí.

No alcancé a contestarle. En ese instante, un fogonazo enceguecedor estalló en las duchas y su estruendo agitó violentamente el aire que respirábamos. Las luces se apagaron de repente y, sumidos en una densa penumbra, durante un buen rato no nos atrevimos a movernos. Pero la asfixiante nube de vapor y humo que invadía la habitación no admitía dilaciones y, a los tumbos, nos obligamos a ponernos de pie.

—¡¿Qué fue eso...?! —preguntó Taviani, aún aturdido.

—Después te explico —respondí y, algo más despabilado, agregué—: Agarra tus cosas. Tenemos que salir de aquí...

No tuve que insistir demasiado. De un manotón, recogió su bolso y salimos del vestuario. Al pasar junto al sector de las duchas, sin embargo, me tomé unos segundos para echarle una rápida mirada. Parecía el dantesco escenario de una hecatombe. El piso y las paredes estaban cubiertos por una espesa mancha de ceniza negra que, igual a un monstruoso y gigantesco pulpo, extendía sus tentáculos desde el lugar donde había estado la rejilla. ahora reducida a un irreconocible mazacote metálico. Del cable sólo quedaban dos tramos chamuscados que colgaban de una pequeña claraboya de ventilación empotrada en el techo.

En la escalera nos cruzamos con los entrenadores que había visto antes en el gimnasio. Tras comprobar que estaban bien, abandonamos la quinta. No quería permanecer allí un minuto más.

◆

Dejamos el auto de Taviani en el estacionamiento y regresamos a la ciudad en el Citroën. Si lograba persuadirlo de mis planes, en los próximos días él no precisaría el suyo.

Durante el viaje, lo puse al tanto de las desagradables novedades ocurridas en las últimas horas. Primero le conté cómo había sido despertado esa mañana por los tres angelitos que habían irrumpido en mi departamento.

—¿Qué querían? —preguntó.

—Algo que estaba en el escritorio de Oliveira. Están seguros de que tú lo tienes.

—¿Y qué les contestaste?

—Nada.

—Pero yo te dije que...

—Ya sé lo que dijiste —lo interrumpí—. Pero también hay muchas cosas que no me dijiste y este asunto se está poniendo muy jodido. Con esos tipos no se juega. Acabas de verlo en el vestuario.

—¿De qué estás hablando? —replicó sorprendido—. Eso fue un cortocircuito..., un accidente...

Obviamente él no había comprendido aún lo que estaba sucediendo y procuré explicárselo, cuidándome de no alarmarlo demasiado:

—No, Daniel. No fue un accidente.

—Pero sí —afirmó—. Lo que pasa es que hay obreros trabajando en la quinta y algún distraído se habrá olvidado un cable suelto. Es todo...

—No, tampoco fue un distraído...

—Yo creo que sí —insistió—. Me parece que estás exagerando...

Taviani era un tipo difícil y lo único que me faltaba en ese momento era una discusión para tratar de convencerlo. Además, su terquedad había empezado a cansarme, así que resolví dejar la delicadeza de lado y fui lo más directo y crudo que pude:

—¡Termina con eso y escúchame, ¿quieres...?! No estoy exagerando. Lo de recién no fue un accidente: fue un intento de asesinato. ¡A ver si me entiendes! ¡Alguien quiere matarte...!

Y antes de que pudiera reaccionar, le largué el resto sin ahorrarme ningún detalle. Un golpe bajo, lo admito, pero dio resultado. Al enterarse de que el cable había sido intencionalmente pelado, él entendió, palideció de repente y balbuceó:

—Pero... ¿por qué...?

Taviani se me había adelantado. Ésa era la pregunta que yo quería hacerle. Desde que Galarza lo había interrogado en el Departamento de Policía, sabía que ocultaba algo e intuía que la clave de su secreto residía en esos cuarenta minutos que había permanecido en la casa de Oliveira tras la finalización de la fiesta. Se lo sugerí, pero su respuesta fue terminante:

—De eso no voy a hablar. Todo lo que tienes que saber es que yo nunca estuve en ese escritorio.

El viaje prosiguió en silencio. Después habría tiempo de volver sobre el tema. Ahora, una nueva inquietud había comenzado a torturarme.

Algo no terminaba de encajar en este atentado. Si bien los tres angelitos habían sido muy claros con su amenaza, también lo habían sido con el plazo otorgado; pero de esos dos días apenas habían transcurrido unas pocas horas. Por otra parte, si estaban interesados en un objeto que suponían en poder de Taviani, ¿por qué matarlo antes de conseguirlo...?, ¿para qué molestarse en avisarme si ya habían tomado la decisión de eliminarlo...?

Cuanto más pensaba en ello, menos me gustaba. Sin embargo, la sospecha de que los tres

matones y el conductor del misterioso Ford azul no estaban relacionados entre sí se hacía cada vez más evidente. Y si mi presunción era cierta, nuestra situación era mucho más grave de lo que había imaginado. Porque eso significaba que, en lugar de uno, nos enfrentábamos con dos asesinos distintos.

A lo lejos, un rayo se abrió paso en la tormenta. Aunque agucé el oído, no escuché el trueno. Mal presagio. Cuando estoy en medio de un caso, necesito que uno más uno sea siempre dos. Y, en este caso, el número dos se estaba convirtiendo en un enigma endiabladamente oscuro.

◆

El bar de Pepe tenía un entrepiso que él llamaba: «la biblioteca». Una denominación algo desmesurada para esa dependencia, ya que los únicos libros que alojaba allí eran sus registros contables. Como sea, era el escondite perfecto. Ningún inspector de Rentas había logrado jamás descubrir su entrada, disimulada por una pila de barriles vacíos, en el fondo de la cocina.

El sitio no era un dechado de comodidades, pero era amplio, había una cama, un pequeño baño y Taviani estaba tan asustado que aceptó de inmediato la hospitalidad de Pepe. Había comprendido, sin discutir, que era demasiado

arriesgado regresar a su casa y que debería ocultarse hasta que tuviésemos la seguridad de que su vida no corría peligro. Todo lo que pidió fue que le lleváramos algo de ropa y yo accedí a buscársela.

Escribió una breve nota para Pilar y partí nuevamente. Eran las diez. continuaba lloviendo y todavía no había desayunado. Mi malhumor seguía sin encontrar un buen motivo para abandonarme esa mañana.

◆

El edificio donde vivía Taviani quedaba cerca del Botánico. Pese a que no había ningún Ford azul a la vista, estacioné en una calle transversal y me acerqué caminando. Pilar se hallaba en la puerta. Le entregué la nota y la leyó en silencio. Luego sólo preguntó:

—¿Él está bien?

—Está bien —afirmé.

Fue suficiente. Aquélla era una mujer de pocas palabras.

La acompañé hasta el departamento y, mientras ella preparaba un bolso, me acomodé en la sala y encendí el televisor. El informe meteorológico anunciaba que el mal tiempo persistiría.

En un rincón de la habitación había un mueble en el que se acumulaban varios trofeos deportivos y algunas fotografías. La mayoría eran

recientes y mostraban a Daniel en distintas etapas de su carrera futbolística, pero había una que me llamó la atención. Me acerqué y la observé con detenimiento. Era el retrato de un grupo de alumnos, con guardapolvos, que rodeaban a una maestra sentada detrás de un escritorio. Entre ellos, no me costó reconocerlo, estaba Taviani. Mucho más joven —tendría alrededor de catorce años—, pero con el mismo aspecto y la misma expresión taciturna que en la actualidad. Si bien era una típica foto escolar, algo en ella me resultó extraño y, a la vez, vagamente familiar. Aunque no alcanzaba a precisar de qué se trataba, no podía quitarle los ojos de encima. Cuando la tomé, para examinarla más de cerca, se aproximó Pilar.

—Sí. Es huérfano... —murmuró.

—¿Perdón...? —pregunté, desconcertado.

—La foto... —respondió, señalándola—. Ése fue su único hogar.

Volví a mirar y, en efecto, sobre el pizarrón del fondo había un letrero escrito con tiza que no había advertido. Decía: «Orfanato Arcángeli».

—Sus padres fallecieron cuando era muy chico... —continuó ella.

—¿Tuvo hermanos?

—Ni hermanos ni parientes. Siempre estuvo solo.

—¿Y los compañeros del orfanato?

—Bueno, no sé... —dudó—. Es muy reservado con eso. Creo que tuvo una novia allí, una historia que terminó mal.

—¿Mal...?

—Sí, ella lo dejó.

—Pero eso fue hace muchos años, ¿no hubo otra, después...?

—No, nunca pudo olvidarla. Aunque en las últimas semanas recibió varias llamadas de una mujer. No me dijo quién era, pero parecía bastante entusiasmado...

En ese instante, el informativo de la televisión congeló nuestra conversación con una noticia inesperada:

—Novedades en el caso Taviani. Hoy a las ocho de la mañana, una fuente anónima hizo llegar a este canal importantes evidencias que comprometen seriamente al famoso delantero. Consiste en una grabación de video que pertenecería al servicio de seguridad de la mansión Oliveira...

Corrimos al aparato y presentí que se avecinaba una catástrofe. Estaban proyectando las escenas que ya había visto en el despacho de Galarza, referidas a la entrada y a la furtiva salida de Taviani de la fiesta,... pero eso no era todo. Entre ambas secuencias había otro tramo. Mostraba el interior de la casa y, a pesar de que la imagen era de mala calidad, reconocí en el acto el

exponía a ser acusado por ocultar evidencias, pero me resistía a simplificarle la tarea a Galarza. Al menos hasta escuchar a mi cliente. Si bien su manía por los secretos ya había colmado mi paciencia más allá de cualquier límite tolerable, decidí darle una última oportunidad. Sólo una. Si esta vez no lograba convencerlo de hablar, yo mismo lo entregaría a la policía con impermeable y todo.

Al abandonar el edificio, advertí que aún tenía la foto del orfanato en mi mano, pero ya era tarde para volver al departamento. Un par de patrulleros habían dado vuelta en la esquina y se aproximaban velozmente con sus luces y sirenas encendidas. La metí en el bolsillo y me confundí entre la gente que huía de la lluvia, sin volver la cabeza atrás.

♦

Llegué al bar con la firme determinación de plantearle mis condiciones a Taviani. Si las aceptaba, bien; si no, renunciaría de inmediato. Hasta ahora me había esforzado por respetar sus silencios y cumplir con mi parte, pero sus evasivas ya me habían hartado y no podía ni quería seguir trabajando a ciegas. Lo pondría entre la espada y la pared: o contestaba a mis preguntas sin dilaciones o se conseguía otro abogado.

Claro que todavía no sabía lo que me aguardaba.

Pepe, en lugar de encontrarse de pie tras el mostrador, como de costumbre, se hallaba sentado en una silla, junto a una ventana, con la mirada flotando en el vacío. Algo andaba mal. Yo había presenciado esa dramática alteración en su rutina cotidiana una sola vez: cuando el seleccionado español de fútbol fue eliminado del campeonato mundial. Pero en esta ocasión, su rostro se veía más apesadumbrado.

Apenas reparó en mí, dijo:

—Oye. Lo lamento, te he fallado...

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Se ha ido...

—¿Quién...?

—El muchacho... Se ha ido.

No podía creer lo que había escuchado. Pese a que ya estaba habituado a las imprevisibles reacciones de Taviani, ésa era una que jamás hubiese cruzado por mi mente.

—¡¿Pero, cómo...?! ¡¿Cuándo...?! —exclamé, desencajado.

—Hace un rato. Después de lo que pasaron por la tele... Eso del impermeable y del contrato...

—¡Maldición! ¡¿Y adónde fue...?!

—No sé. No abrió la boca. Se puso la chaqueta y salió. Aunque se lo pedí, no quiso esperarte...

Busqué mi agenda y corrí al teléfono. Tenía que llamarlo y hacerlo regresar antes de que cometiera una locura, pero Pepe me detuvo.

—No te molestes —dijo, entregándome el celular de Taviani—. Lo dejó aquí.

Bajé los brazos y me dejé caer en uno de los bancos. De repente me sentí muy cansado y el más miserable de los abogados. Estaba empapado, tenía hambre y mi único cliente se había esfumado.

♦

Pepe sirvió un café y lo puso frente a mí.

—¿Quieres comer algo?

Por supuesto que quería, pero mis ojos habían tropezado con una imagen que me había quitado el apetito (un fenómeno bastante infrecuente, por cierto).

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Una revista. Se la compré al muchacho para que se distraiga...

Si ése había sido el propósito de Pepe, saltaba a la vista que el material elegido no había sido el más apropiado. Se trataba de una edición especialmente preparada para cubrir el escándalo del momento. Allí estaban, resplandeciendo en brillantes colores, Taviani, Soledad, Luis Oliveira, la mansión y hasta algunas escenas congeladas de los videos. Sin embargo, las fotografías que habían concitado mi atención eran, en apariencia, las de la protagonista menos importante del elenco estelar. Más pequeñas que el resto,

registraban, en distintos acontecimientos sociales a Inés Oliveira. En una de ellas cenando con Santo Bricone, un influyente representante de futbolistas, en otra llegando a un desfile de modelos en Punta del Este y, en la última, charlando con amigos a bordo de un enorme yate. Nada que resultara inusual para la hija del empresario más rico del país. Sólo que, en todas esas fotografías la acompañaba, ubicado en un discreto segundo plano, un hombre que no lograba disimular su condición de guardaespaldas. Su guardaespaldas. Y yo lo conocía muy bien. Jamás olvidaría su rostro. Ése era uno de los tipos que habían invadido mi dormitorio aquella mañana.

Súbitamente, recuperé las fuerzas. Ahora, que sabía quién estaba detrás de los tres angelitos, las piezas de este endiablado enigma empezaban a encajar. En nuestra entrevista de la tarde anterior, Inés había expresado con mucha vehemencia su deseo por recuperar lo sustraído del escritorio de su padre. Presumí que, al no obtener respuesta de mi parte, habría enviado a sus matones para recordármelo.

Según el mayordomo, por otra parte, Luis Oliveira había sostenido una discusión con ella por la custodia de un contrato y, si las últimas revelaciones periodísticas eran verdaderas, no costaba deducir que hablarían del mismo contrato que Taviani se habría llevado. Eso podría

significar que Inés tendría un interés personal en la carrera de mi cliente. A juzgar por el sujeto con el que aparecía compartiendo la mesa en una de las fotos, se me ocurrió que su interés no sería meramente deportivo. Santo Bricone era un personaje oscuro, un intermediario que no movía un dedo a menos que la venta de un futbolista fuese millonaria. Se sospechaba, además, que sus procedimientos no eran demasiado limpios y que buena parte de esas sumas terminaban en su bolsillo.

Era evidente que Inés estaba metida en algo turbio y que nosotros nos hallábamos justo en el medio. Todavía ignoraba qué papel jugaban Taviani y el conductor del Ford azul en esta historia, pero intuía que una conversación con ella aclararía las cosas.

Antes de partir le pedí un favor a Pepe:

—Lo que sea... —respondió.

—Mira que vas a tener que cerrar el bar por un rato.

Ni siquiera lo dudó. Así que le entregué el impermeable celeste y mostrándole la etiqueta cosida en la base del cuello, dije:

—Lo compraron en un negocio del centro.

—Y quieres saber quién fue.

—Exactamente. A lo mejor pagó con tarjeta de crédito. Si consigues averiguar su nombre, llámame al celular de Taviani; me lo llevo...

—Déjalo por mi cuenta.

Al salir tomé un par de medialunas para camino. Mi malhumor no se dio por aludido.

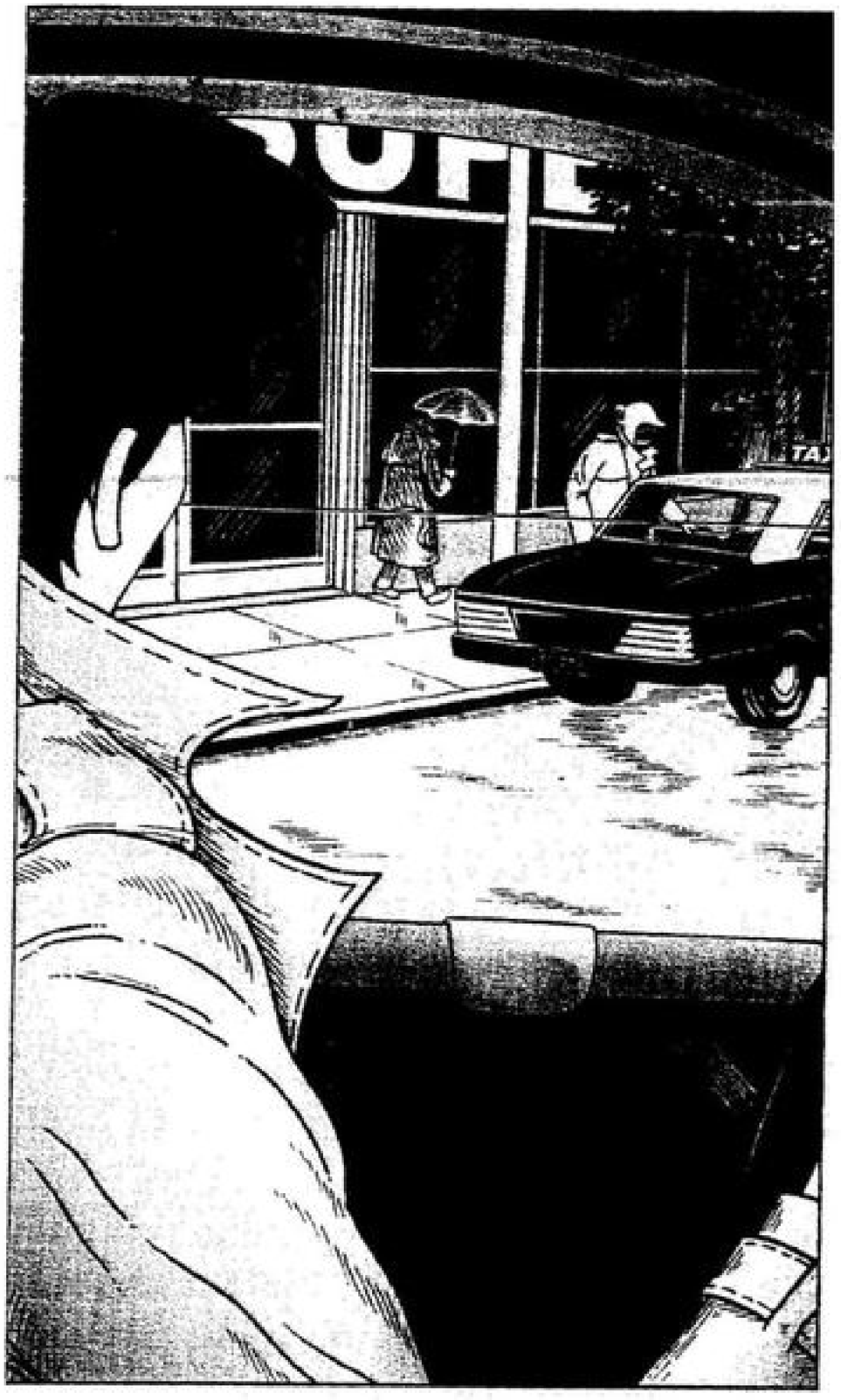
A diferencia de lo sucedido en mi primera visita, el panorama frente a la mansión era caótico. Los camiones de televisión y los reporteros parecían haberse multiplicado y formaban un compacto enjambre delante de la entrada principal, donde un iracundo grupo de policías procuraba poner orden con escaso éxito. Comprendí que esta vez sería imposible ingresar con el auto a la residencia y pasé de largo el tumulto, resignado a estacionarlo junto a la vereda y caminar bajo la lluvia. Pero en la cuadra no había ningún sitio disponible y tuve que alejarme hasta la esquina. La calle transversal, por suerte, estaba casi desierta. Giré y elegí un lugar cerca de un pequeño portón disimulado por las ramas de una enredadera. No tardé en reconocerlo. Era la entrada de servicio que Taviani había usado para escabullirse de la casa después de la fiesta. Cuando estaba a punto de apagar el motor, el portón comenzó a abrirse y un BMW plateado asomó su trompa. Apenas tuvo espacio suficiente para atravesarlo, aceleró y se marchó a gran velocidad. No

alcancé a distinguir los rasgos de la persona que lo conducía, pero no hizo falta. Era una mujer con lentes ahumados que cubría su cabeza con un pañuelo violeta..Y yo sabía de quién era ese pañuelo. Inés lo había llevado, anudado al cuello, en nuestro único encuentro.

Puse primera y, sin vacilar, partí tras ella. Había llegado hasta allí para hablar con la misteriosa hija del empresario y, ahora que la había hallado, no estaba dispuesto a desperdiciar la oportunidad. Sin embargo, un inesperado acontecimiento cambiaría mis planes.

A poco de ingresar a la Avenida del Libertador, el BMW se detuvo en un supermercado. Entusiasmado, creí interpretar en ello una señal de la providencia que me ofrecía la ocasión perfecta para abordarla. Pero, o había interpretado mal la señal o la providencia estaba ocupada en otros menesteres porque, antes de que consiguiera aproximarme, Inés descendió de su auto, retiró una bolsa plástica de su interior y se zambulló rápidamente en un taxi.

Era obvio que deseaba pasar desapercibida. Ni sus propios guardaespaldas la acompañaban. Intrigado, decidí seguirla. Tenía buenas razones para sospechar que el secreto destino de su viaje sería muy revelador.



Luego de varias vueltas, nuestro recorrido terminó frente a una vetusta vivienda en el más apartado rincón de Núñez. Apenas pude ocultarme detrás de un camión abandonado, observé que Inés bajaba del taxi, con la bolsa plástica en su mano, y entraba en la casa cuya pared ostentaba un lustroso letrero de mármol negro. Pese a la distancia logré descifrar un par de palabras. Era un instituto geriátrico y eso, por cierto, me desconcertó. Si se trataba de una mera visita social: ¿por qué tomarse el trabajo de encubrirla?

Poços minutos más tarde Inés salió, esta vez sin la bolsa, y volvió a subir al taxi que había permanecido allí, aguardándola. Su visita había sido muy breve. Nos pusimos de nuevo en marcha, pero al doblar en Cabildo, la distracción me jugó una mala pasada. Un semáforo inoportuno me retuvo en una esquina y ellos, fundidos en el vertiginoso torrente amarillo de taxis que atestaba la avenida, se alejaron irremediablemente. Por más que intenté localizarlos, al cabo de unas cuadras comprendí que sería inútil y desistí. Inés se había esfumado.

◆

El zumbido del celular me sobresaltó. No estaba acostumbrado al aparato y me llevó algunos segundos hacerlo funcionar. Era Pepe.

—Oye, Nico, ¿eres tú? —dijo.

Sabía que lo incomodaba hablar por teléfono, así que procuré simplificarle la tarea:

—Sí, te escucho. ¿Averiguaste algo?

Pero no dio resultado. Él tenía sus propios tiempos y necesitaba cumplir con el ritual completo de una conversación. Por si hiciera falta, aclaró:

—Soy yo: Pepe.

—Ya sé que eres tú. ¿Averiguaste algo? —insistí, en esta ocasión con más suerte.

—No mucho —respondió—. Al impermeable lo compró una mujer, pero pagó en efectivo. Lo único que recuerda el vendedor es que usaba lentes de sol y un pañuelo en la cabeza.

—¿De qué color?

—¿Qué cosa?

—El pañuelo. ¿No te dijo si era violeta?

—No, no mencionó el color. ¿Por qué? ¿Es importante?

En realidad no lo era. Las evidencias que apuntaban a Inés eran demasiado comprometedoras para preocuparse por ese detalle.

—¿Y de Taviani...? ¿Hubo novedades...? —pregunté.

—Ninguna. El que llamó fue Galarza, varias veces. Esto se está poniendo feo. ¿Escuchaste las noticias?

—No, ¿qué pasó?

—Volvió el millonario y en la tele no hablan de otra cosa.

Nos despedimos y encendí la radio. Pepe tenía razón. Oliveira había llegado a Buenos Aires. En el fugaz encuentro que mantuvo con los periodistas en el aeropuerto, sólo había abierto la boca para desmentir su vinculación con el escándalo de *Aguasblandas*. De lo sucedido en su casa, en cambio, ni una palabra. Pero a nadie se le escapaba que había adelantado su regreso por ese motivo. La policía, como si no existieran otros delitos en el país, había lanzado una verdadera cacería humana para atrapar a Taviani. El panorama pintaba mal.

Resolví, por el momento, olvidar a Inés y concentrarme en la búsqueda de mi cliente. El problema era que no sabía por dónde empezar.

♦

Necesitaba pensar. Me pregunté qué haría yo en su lugar, acorralado entre la policía, por un lado, y dos rufianes empecinados en liquidarme, por el otro. No eran perspectivas alentadoras y, si bien mi situación era distinta de la suya, con sólo imaginarlo me sentí agobiado. En principio, yo tenía una familia a la que recurrir y él, de acuerdo con lo manifestado por Pilar, estaba solo. Aunque tal vez eso no fuera del todo cierto. De repente salí de mi sopor y recordé que ella había dicho algo más. Cuando mirábamos la foto había comentado que el orfanato había sido «su único hogar». Y un hogar, de cuya existencia nadie estaba enterado —me entusiasmé—, podría ser un excelente escondite.

Ahora sí estaba pensando.

Me detuve y saqué la foto del bolsillo con la esperanza de encontrar un dato preciso que me permitiese localizarlo. En el reverso, un sello borroneado por el tiempo decía: «Orfanato Arcángeli, V. Lía». Nada más. Ni domicilio, ni teléfono. Sólo el nombre incompleto de una población perdida en la inmensidad del territorio nacional.

—V. Lía —repetí, desanimado.

Sin embargo, esa abreviatura me resultó vagamente conocida. Algo se sacudió en un repliegue de mi pobre cerebro que, aturdido por las exigencias y torturado por el hambre acumulada de un mediodía sin desayuno ni almuerzo a la vista, evocó la temible presencia de mi profesora de geografía de quinto año. Jamás creí que llegaría el día en que debería agradecerle por obligarme a memorizar los nombres y ubicación de cada uno de los pueblos de la provincia de Buenos Aires. Pero ahí estaba, con una sonrisa estúpida y agradecida. Porque yo, pese a que nunca había puesto un pie allí, sabía muy bien que «V. Lía» era, en realidad: Villa Lía, un pequeño pueblo situado a 120 kilómetros al noroeste de la Capital.

Me puse en marcha, todavía era temprano. Con suerte, el viaje me llevaría poco más de una hora.

♦

Villa Lía era, en efecto, un pueblo pequeño. Supuse que no sería difícil dar con el orfanato y que bastaría con preguntar por él al primer vecino que cruzara, pero no fue así. Había caído en el inoportuno horario de la siesta. Sus calles estaban vacías y los comercios alrededor de la plaza, cerrados. La única excepción era una pequeña tienda que tenía sus puertas entreabiertas. Estacioné frente a ella y entré.

El local estaba casi a oscuras y la luz gris de la tarde, que atravesaba la ventana con escasa convicción, no lograba disipar la penumbra húmeda y fría que flotaba en el ambiente. A medida que mis ojos se adaptaban, pude distinguir un mostrador y, tras él, una cortina que amortiguaba, apenas, el sonido de un televisor encendido.

Esperé un rato en silencio, pero nadie apareció. Recién después de golpear un par de veces las palmas de mis manos, la cortina se agitó y una niña asomó su cabeza.

—¿Sí? —preguntó.

Había cierta impaciencia en su voz, así que fui directamente al grano:

—Discúlpame la molestia. Estoy buscando el orfanato. ¿Podrías decirme dónde queda?

—¿El qué...?

—El orfanato —repetí y pensando que no me había entendido, agregué—: El Orfanato Arcángeli.

Pero la niña había entendido y me observaba extrañada, como si no tuviese idea de lo que le estaba hablando. De pronto temí que hubiese cometido una terrible equivocación al interpretar el sello de la fotografía y que hubiese hecho ese viaje en vano.

—Acá no hay ningún orfanato —dijo, confirmando mis peores sospechas.

—¿Estás segura? —insistí.

Pero no alcanzó a contestar. Alguien, a mis espaldas, se le adelantó:

—Los jóvenes no tienen memoria.

Sorprendido, giré y descubrí a una anciana sentada en una mecedora. Había estado allí todo el tiempo, semioculta en las sombras, escuchando nuestra conversación.

—Anda, anda. Yo lo atiendo —continuó, esta vez hacia la niña que no se hizo rogar y regresó feliz a su televisor, detrás de la cortina.

—Entonces, ¿es aquí, en Villa Lía...? —le pregunté.

La señora me sonrió afirmativamente. Aliviado, yo también le sonreí.

—¿Y podría indicarme cómo llegar?

Pero mi optimismo estaba condenado a sufrir un nuevo desengaño.

—Sí —respondió—, aunque no vas a encontrar nada allí. Al orfanato lo cerraron hace muchos años.

♦

La anciana era muy agradable y, de no haber tenido otras urgencias, me hubiese encantado pasar la tarde charlando con ella. Pero también era muy sagaz. Después de distraerme, hablando durante varios minutos de los viejos tiempos, de repente dijo:

—Tú estás aquí por el futbolista, ¿no?

—Sí —admití, totalmente desprevenido—. ¿Lo conoce?

—Eso depende...

—¿De qué? —la miré, extrañado.

—Si eres periodista no lo conozco.

—No, no soy periodista. Soy su abogado y... lo estoy buscando.

—¿Por qué? ¿Lo perdiste?

Su ironía no me causó gracia, pero ya estaba jugado y decidí poner mis naipes sobre la mesa. Sin abundar en detalles, le conté la verdad acerca de su fuga.

Tras escucharme atentamente, ella afirmó:

—Sí. Ese muchacho sufrió demasiado, es lógico que no confíe en nadie. Pero no está en el pueblo. Jamás volvió.

Luego, tomando un termo que había en una banqueta a su lado, dijo:

—Siéntate. ¿Quieres un mate?

Aunque hubiese preferido algo más sólido, acepté. El mate estaba amargo, pero la historia que me relató fue apasionante.

El orfanato había sido fundado por Azucena Arcángeli, una maestra llegada a Villa Lía en la década de los ochenta. Acompañada por un grupo de huérfanos y una pequeña sobrina, cuyos padres habían fallecido, se instaló en una chacra a un par de kilómetros del centro. Uno de esos chicos era Daniel Taviani.

Desde muy temprano, Daniel demostró una clara vocación por el deporte y, con el correr de los años, fue perfilándose como un futbolista excepcional. Al principio, integrando equipos regionales y, después, participando en campeonatos de ligas menores, su habilidad pronto atrajo la atención de los grandes clubes que no tardaron en hacerle importantes ofertas de trabajo.

—Y aquí viene lo interesante —señaló la anciana tras una breve pausa—. Él los rechazó a todos.

No me asombró. Los imprevisibles desplantes de Taviani no eran ninguna novedad para mí. Sin embargo, ella no había terminado todavía:

—Daniel nunca dio explicaçiones ni habló de ello —prosiguió—, pero Azucena conocía su secreto y un día me lo contó. El muchacho no quería irse de aquí porque se había enamorado...

Recordé el comentario que Pilar había hecho esa mañana acerca de un romance frustrado y presentí que algunos cabos comenzaban a unirse.

—¿Una chica del orfanato? —pregunté.

—Sí, se llamaba Ana. Era la sobrina de Azucena. Pero eso duró poco; ella lo dejó plantado y se fue del pueblo sin despedirse. Nadie supo dónde. Él sufrió mucho, pobre. Después de varios meses, aceptó la oferta de un club de Rosario y terminó yéndose también.

—¿Y no hubo noticias de ella?

—No que yo sepa. Pero tampoco las esperábamos.

—¿Por?

—A Ana la avergonzaba vivir de la caridad y lo único que quería era olvidarse del orfanato. Como sea, más tarde Azucena enfermó y no pudo seguir trabajando. Los chicos fueron enviados a otros sitios y ella se quedó sola hasta que, hace un par de años, se la llevaron.

—¿Adónde?

—Dicen que a Buenos Aires..., a un geriátrico.

El mate tembló en mi mano al escuchar esa palabra.

No creía en las coincidencias. La certeza de que yo había estado frente a la puerta de ese geriátrico, hacía apenas unas horas, era demasiado fuerte para ignorarla.

Las letras de este maldito crucigrama continuaban apareciendo, pero yo no lograba encontrar la forma de vincularlas.

◆

Durante el viaje de regreso, una densa capa de nubes negras sobrevoló la ruta acompañándome en la misma dirección. Lamenté no ser supersticioso. Quizás me hubiese simplificado las cosas.

Había repasado, una y otra vez, los datos aportados por la anciana y todo lo que había conseguido era un formidable dolor de cabeza. El noviazgo secreto de Taviani, la desconocida sombra de Ana y el inexplicable papel de Inés en este entuerto me devanaban los sesos.

Necesitaba ordenar mis ideas, pero más que eso, necesitaba comer. El hambre no había dejado de martirizarme en ningún momento y las seductoras luces de una estación de servicio, con su correspondiente cafetería en el centro, resplandecían en la autopista justo delante de mis narices. Sin dudarlo, tomé el desvío y me detuve junto a su puerta. Mi estómago se estremeció de placer. Tras el vidrio, una lámina ilustrada con un

maravilloso plato de salchichas, papas y huevos fritos, me daba la bienvenida.

En el instante en que me aprontaba a bajar del auto, sonó el teléfono. Pensé que sería Pepe, pero una voz femenina que no alcancé a reconocer, dijo:

—*No puedo esperar tu llamado. Nos vemos a las seis en la Fuente de las Nereidas.*

Y cortó.

Fue tan rápido que no atiné a responder. Obviamente la mujer creyó que había hablado con Taviani ya que nadie, salvo Pepe, sabía que yo tenía su celular. Un sudor helado me recorrió la espalda de sólo imaginar que esa mujer podría ser la causa de tanto misterio. En el aparato había quedado grabado su número, pero no podía llamarla sin delatarme. Decidí acudir a la cita. Eran las cinco y diez y la Fuente de las Nereidas se hallaba en la Costanera Sur, al otro lado de la ciudad. Debía apurarme.

Le eché una mirada a las salchichas y partí. Mi estómago lanzó un rugido sordo. Jamás me perdonaría semejante traición.

◆

Llegué a la fuente poco antes de las seis. El aspecto de la Costanera era desolador. La tormenta había recrudecido, el viento aullaba desapaciblemente en las copas de los árboles y no había un alma a la vista. De alguna manera eso me favorecía; la oscuridad del anochecer y la cerrada llovizna que caía impedirían que fuese reconocido a la distancia, pero el aire siniestro que flotaba en la atmósfera no dejaba de inquietarme. Pese a ello, descendí del auto, levanté el cuello de mi impermeable y me acerqué a las Nereidas. Ellas, bellísimas e imperturbables, se desentendieron de mis problemas.

Tras varios minutos de espera mi estado de ánimo no mejoró. Ese páramo inhóspito, más que el romántico fondo para un encuentro pasional, parecía el sórdido escenario de una emboscada. Y yo ni siquiera era el invitado. Tuve un mal presentimiento y resolví largarme de ahí, pero cuando estaba a punto de regresar al Citroën, una difusa silueta surgió de repente en la bruma. Supe que sería demasiado tarde para huir: un coche se aproximaba a toda velocidad con sus faros encendidos. Luego, sin vacilar, trazó una curva cerrada y se detuvo bruscamente frente a mí.

Durante unos segundos nada sucedió. Si no hubiera sido por los latidos de mi corazón, que aporreaban mi pecho con la desconsiderada persistencia de un martillo neumático, hubiese podido jurar que el tiempo se había paralizado en ese instante. Encandilado por el brillo hipnótico de aquellas luces amarillas, ni siquiera me atreví a

respirar. Un relámpago partió el cielo en dos y su enceguecedora luminosidad sólo vino a reafirmar mis temores y a sumergirme, aún más, en la desesperante pesadilla en que me hallaba. Pero estaba despierto, muy despierto. A menos de un metro de mi indefensa humanidad distinguí, con absoluta claridad, la trompa amenazante de ese auto. Pertenecía —ya lo habrán adivinado— al implacable Ford azul con vidrios polarizados.

El tiro me había salido por la culata. En mi afán por desenmascarar a los autores de la intriga contra Taviani, acababa de caer en la mismísima trampa fatal que había procurado evitarle. Y ya sabía que quien estaba al volante de ese auto no se andaba con vueltas. Una leve presión en el acelerador y yo sería historia. El ruido seco de los engranajes de la caja de cambio me anunció que mi verdugo no tardaría en ponerse en marcha. Aunque estaba herméticamente acorralado, mi primer impulso fue el de pegar un salto para eludirlo, pero el miedo había entumecido mis músculos y me quedé clavado junto a la fuente, aguardando el golpe final. Sin embargo, el golpe nunca llegó. El auto, en lugar de avanzar, retrocedió y, en seguida, en una rápida maniobra, giró sus ruedas y se esfumó envuelto en un vaporoso remolino de agua. Volví a respirar. No era a mí a quien quería. Esa cita con la muerte había sido urdida para otra persona.

No esperé a recuperarme. Tan pronto dejé de temblar, subí al Citroën y me alejé de allí. En esta ocasión, fui yo el que ignoró a las Nereidas. Ni una mirada, ni un adiós. Estábamos a mano.

♦

Apenas había recorrido unos pocos metros cuando el sonido del celular volvió a alterar mis nervios. Un sobresalto era lo que menos necesitaba en ese momento y casi lo tiro por la ventana. Pero el sentido común prevaleció y no lo hice. Esta vez sí, era Pepe y, para variar, con buenas noticias. Mi cliente había aparecido.

—¿Dónde está? —pregunté.

—En la casa de un sobrino de Pilar. Ella me llamó desde un teléfono público. El muchacho tiene miedo de que mi línea esté pinchada.

Taviani se estaba poniendo paranoico, pero después de mi experiencia en la fuente hasta yo lo estaba.

—¿Y qué más dijo?

—Que te quedes tranquilo. Esta noche tiene una cita que va a aclararlo todo...

—¡No, Pepe! —exclamé—. ¡Esa cita es una trampa!

Y tras contarle brevemente lo que acababa de sucederme, agregué:

—Tienes que asegurarte de que no vaya a ninguna parte. Es muy importante.

—No será fácil —respondió—, pero Pilar se ocupará de convencerlo.

No dudé de que lo haría. Si había alguien capaz de controlar a Taviani era ella. Nos despedimos y me encaminé hacia Núñez. Una dama de cierta edad me aguardaba sin saberlo.

♦

El geriátrico lucía poco acogedor en la oscuridad de la noche y un pequeño letrero despintado me advertía que el horario de visitas ya había concluido. Aún así, apreté el timbre; Azucena era la última carta que tenía y no estaba dispuesto a permitir que nadie me impidiera jugarla.

Escuché pasos en el zaguán y ensayé mi mejor sonrisa. Fue un desperdicio, la mujer de guardapolvos que abrió la puerta se veía demasiado cansada para reparar en mis encantos.

—Buenas noches, quisiera hablar con Azucena Arcángeli —dije y, adelantándome a un eventual rechazo, agregué—: Sé que es algo tarde pero...

—¿Hablar... con Azucena? —me interrumpió, ahorrándome las disculpas.

—Sí. Serán sólo unos minutos —respondí, complacido al comprobar que mi presunción de que ella se hallaba allí había sido correcta.

Pero mi satisfacción sería efímera.

—¿Hace mucho que no la ve? —preguntó.

—Bueno... sí —mentí—. ¿Por qué?

—Porque hace tiempo que la pobre no habla ni entiende nada...

Agobiado por su revelación, escuché vagamente que Azucena padecía un mal que la había sumido en un estado de ausencia permanente. Su cuerpo funcionaba con normalidad, pero su mente se había extinguido para siempre. Mis esfuerzos por localizar a la única persona que podía ayudarme habían sido en vano; a los efectos prácticos, hubiese dado igual no hacerlo.

La decepción que sentí debió de haberse notado en mi rostro porque la mujer, a modo de consuelo, sugirió:

—Si quiere, puede verla...

Aunque esa visita carecía ya de sentido, no tuve el coraje de confesarle el verdadero motivo de mi abatimiento y acepté.

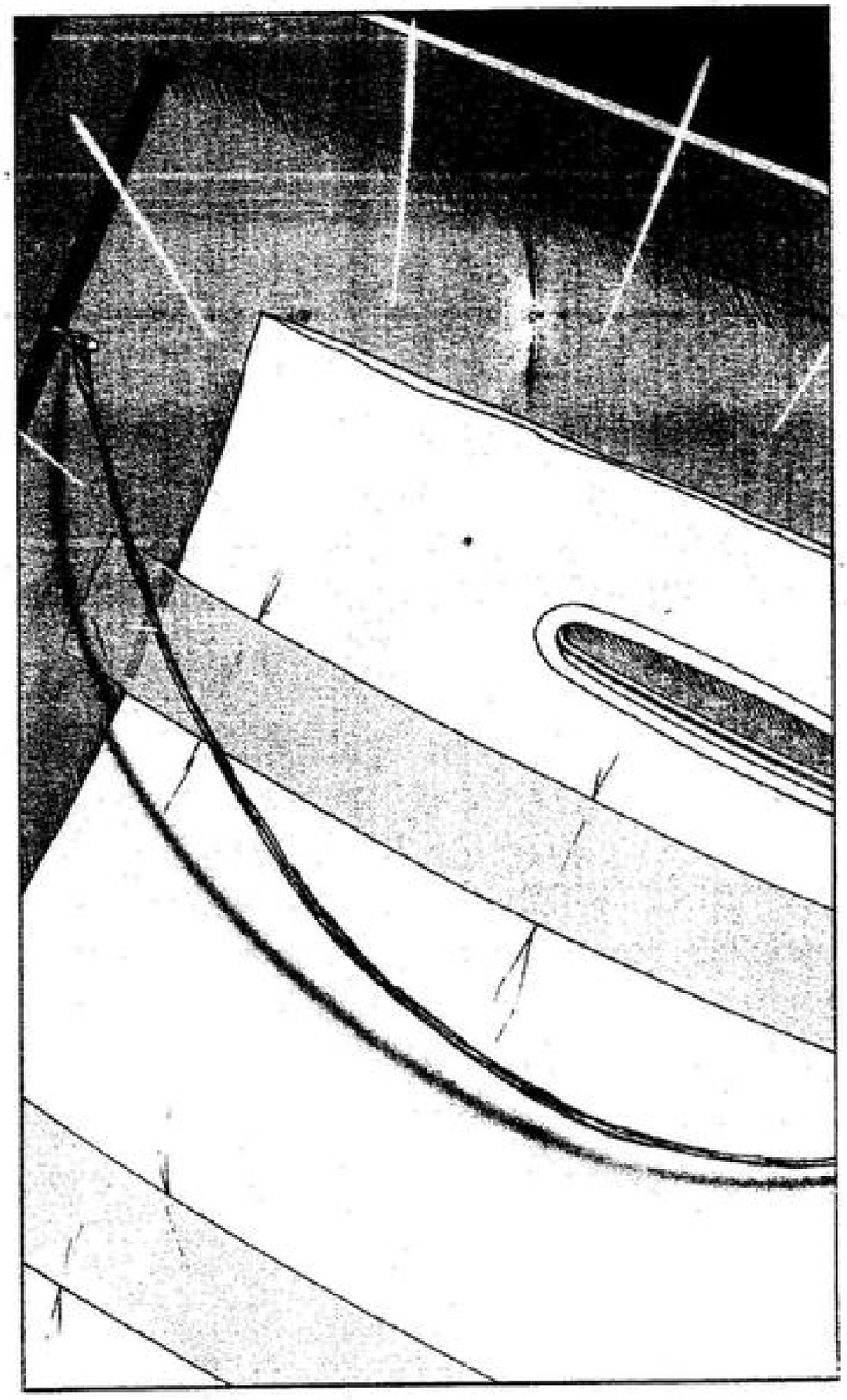
La seguí por un corredor en penumbras hasta que llegamos a una pequeña habitación. La mujer encendió la luz y dijo:

—Es aquí. Ahora lo dejo; todavía tengo que servir la cena.

Luego se marchó, sin entusiasmo, con su cansancio a cuestas.

◆

Azucena yacía en su cama con los ojos cerrados y gesto apacible. No había sillas en el cuarto así que permanecí de pie, observando su sueño eterno y sintiéndome un miserable por invadir la desvalida intimidad de aquella desconocida. Pero ya estaba allí y supuse que unos minutos más no cambiarían las cosas, sobre todo cuando advertí el cuadro colgado cerca de la ventana. Era la descolorida copia de un aburrido paisaje campestre y, por la capa de polvo que lo cubría, calculé que llevaría años en esa pared. Sin embargo, había algo extraño en él. La capa de polvo estaba incompleta. Sobre su marco se destacaban con claridad las huellas de dos dedos: uno en cada borde. Ese cuadro había sido tocado recientemente, como si alguien lo hubiese tomado con ambas manos. Intrigado, me acerqué y puse las mías en la misma posición. Por la manera de sostenerlo, deduje que había sido descolgado. Sugestionado por las circunstancias en que me hallaba, no pude imaginar otro propósito para semejante maniobra que el de ocultar un objeto y, sin dudarlo, también yo lo descolgué. Pero la ilusión de que esa pintura encubriera una caja fuerte secreta se esfumó apenas lo retiré de su sitio. Allí no había nada más que la superficie plana de la pared, telarañas y un clavo herrumbrado.



Al intentar reinstalar el cuadro en su sitio, tuve dificultades. No lograba engancharlo y lo giré para ver cuál era el problema. Entonces, inesperadamente, descubrí que mi intuición no me había fallado. Adherida a su dorso con un par de gruesas cintas transparentes había una bolsa plástica. Y yo, que la había olvidado hasta ese instante, la reconocí de inmediato. Era la bolsa que, unas horas antes, Inés había traído con ella al geriátrico.

La arranqué de un tirón y, al abrirla, me quedé sin aliento. En su interior, sin ningún otro envoltorio, estaba la codiciada carpeta roja que el misterioso encapuchado celeste había robado del escritorio de Oliveira. Pero mi estupor fue aún mucho mayor cuando examiné su contenido. No sólo estaba el contrato de Taviani sino que, además, había un segundo documento del que nadie había hablado. Y de repente, todo se aclaró como en un acto de magia. Ese papel era, precisamente, la verdadera clave de la historia. Al leerlo, las piezas de este enigma se reacomodaron en mi cerebro y comprendí que había estado protagonizando la comedia equivocada. Los actores y el escenario eran los mismos, pero los roles y el argumento de la obra eran distintos. Muy distintos.

La prueba definitiva fue la foto del orfanato. Había algo en ella que hasta ese momento no había sabido descifrar y sospeché que ahora, al fin, lo haría. La saqué del bolsillo y mi sospecha se confirmó.

El caso estaba resuelto.

Volví a colgar el cuadro y me guardé la carpeta bajo el impermeable. Antes de partir, le di una última mirada a Azucena. Aunque no podría asegurarlo, me pareció que sonreía.

5

El guardia de seguridad de la mansión no me ladró esta vez. Recordaba mi visita previa y no quiso arriesgarse.

—¿A quién quiere ver ahora? —preguntó, asomándose por la ventana de la casilla.

—A Oliveira —respondí.

El tipo no se inmutó, así que agregué:

—Dígale que tengo la carpeta roja y que sólo hablaré con él. Sin intermediarios ni testigos.

Mi exigencia no le hizo mucha gracia, pero cuando escuchó lo de la carpeta, tomó un teléfono y lo llamó. Repitió mis palabras, sin omitir ninguna, y luego de una brevísima pausa abrió el portón.

—Pase —masculló con pocas ganas—. Ya conoce el camino.

♦

Oliveira había entendido el mensaje y me aguardaba, sin compañía, en la puerta de su casa.

No bien bajé del auto, me hizo una seña con la mano y lo seguí en silencio. A primera vista, me sorprendió. En mangas de camisa era más menudo de lo que esperaba, inofensivo casi, pero apenas sus ojos enfocaron los míos, esa impresión se desvaneció. Eran helados, como los de un tiburón al acecho. Y yo acababa de irrumpir en la profundidad de sus dominios con algo que le pertenecía. La comparación quizás resulte excesivamente melodramática, pero convengamos que yo estaba demasiado cansado y hambriento para concebir metáforas más ingeniosas. Si se prefiere, digamos que era la clase de individuo al que no convenía darle la espalda y, por las dudas, no lo hice.

Tras atravesar la sala desierta, llegamos al estudio. Una vez allí, se ubicó en su trono, me indicó una silla e inició el juego:

—Ya estamos solos. ¿De qué quiere hablar?

—De Taviani y de esto —respondí, arrojando la carpeta sobre el escritorio.

—No hay mucho de que hablar. Eso es mío.

—Y yo se lo traje —le recordé.

—Está bien. ¿Qué quiere?

—Que Taviani quede limpio.

—¿Así de fácil? —preguntó.

—Así de fácil. Una llamada suya a la policía será suficiente.

—¿Y por qué debería hacerla?

—Porque él no tuvo nada que ver en todo esto.

—¿Nada que ver...? —exclamó—. ¿Usted se olvida del video? Medio país lo vio metiendo las manos en mi escritorio...

—Lo que vimos fue a alguien cubierto con su impermeable —repliqué—. ¡Vamos Oliveira, usted es inteligente! Esa persona fue directamente al cajón y Taviani nunca estuvo en este estudio. ¿Cómo podía saber que su contrato estaba allí?

—No lo sé, ni me importa. Eso lo determinará la policía.

Mi apelación a su inteligencia no había logrado conmoverlo, así que decidí aumentar la apuesta:

—Lo que la policía no tardará en descubrir es que esa historia fue una cortina de humo para robarle otra cosa...

—¿Qué cosa?

—Usted sabe. El otro documento... el que le hizo firmar a su esposa.

Oliveira ni siquiera pestañeó y por un instante temí que toda mi teoría se fuese al diablo. Pero permaneció inmóvil en su sillón, en guardia, observándome. Recién entonces tuve la certeza de que había puesto el dedo en la llaga.

El documento, fechado en Miami el día de su casamiento con Soledad, era una especie de convenio prenupcial redactado con el exclusivo

propósito de preservar la fortuna del millonario. A grandes rasgos establecía que, mientras durase el matrimonio, ella sería una reina, pero si sobrevenía un divorcio o la muerte de Oliveira, de su reinado apenas le quedarían los recuerdos y una modesta pensión mensual. En otras palabras, Soledad volvería al llano sin derecho a reclamar nada sobre la inmensa riqueza de su exmarido. Como muestra de confianza —así rezaba el final—, los novios suscribían un único ejemplar del contrato.

—Eso es muy común en gente de mi posición. Es un simple acuerdo prenupcial y sólo me interesa a mí —dijo, procurando restarle importancia a mi argumento.

—Tal vez su familia no opine lo mismo —apunté.

—¿Qué familia...? ¿Inés?

—Bueno, después de todo es su hija y ese papel le garantiza que no compartirá su herencia con nadie. Probablemente se lo habrá planteado alguna vez —sugerí, recordando la discusión que, según Chandler, el mayordomo, ambos habían mantenido al respecto.

La sombra de una duda cruzó el rostro del empresario.

—¿Ella... tuvo algo que ver en esto? —preguntó con extrema cautela.

Aunque una hora antes no hubiese podido asegurarlo, respondí:

—No. Inés quiso apoderarse del documento y hasta me mandó a sus matones para convencerme, pero no fue ella.

—Entonces, ¿quién fue?

—Ana —dije.

—¿Ana...? ¡¿Y quién es Ana?!

—Su esposa.

◆

Oliveira no reaccionó como yo esperaba. Tal vez porque intuía lo que se avecinaba, se desmoronó en su butaca y escuchó pasivamente mi explicación, casi sin interrupciones.

Empecé mostrándole la foto del orfanato. Allí, en medio del grupo de alumnos en guardapolvos, justo delante de Taviani, se hallaba Ana. Nadie me había dicho que era ella, pero no hacía falta. Con otro color de pelo y una nariz menos perfecta que en la actualidad, era, si se miraba bien, la mismísima Soledad. Quizás por ello, o quizás porque no se me había ocurrido asociarla con aquella situación, no la había reconocido la primera vez que vi ese retrato. Acaso si me hubiese detenido a observarlo con mayor detenimiento, habría advertido que esos bellísimos ojos esmeraldas eran los que me habían encandilado el mediodía anterior junto a la pileta de la mansión.

Él, en cambio, la reconoció de inmediato.

—¿Soledad es... Ana?

—Ya no. Debió cambiar su nombre tras huir del orfanato. Por lo que averigüé, quería cortar todos los lazos que la unían con esa parte de su vida.

—Ella nunca me habló de eso. Dijo que no tenía familia, pero...

—No es verdad —lo corregí—. Tiene una tía. En un geriátrico.

Oliveira no lograba reponerse del asombro, pero aún así intentó protegerla:

—Eso no la convierte en culpable

—Es cierto —concedí—. Sólo que allí encontré la carpeta. Y yo vi cuando ella la llevó.

El empresario pareció empequeñecerse al oír esa revelación. Para ahorrarle un disgusto innecesario, no le mencioné que, debido al pañuelo violeta que usó para ocultar su rostro, yo la había seguido pensando que era su hija. Un pañuelo que, recién había recordado, Inés se había quitado en ese mismo estudio y que Soledad, convenientemente, supo aprovechar para confundir a eventuales testigos.

—Pero... ¿por qué? —gimió, abrumado—. Conmigo jamás le hubiera faltado nada...

—Porque quería ser rica *sin* usted. Y el convenio se lo impedía. Soledad sabía que usted lo conservaba en la carpeta roja, pero también sabía que si lo tomaba sería detectada por las cámaras de seguridad, en cuyo caso corría el riesgo de perderlo todo. Necesitaba que alguien pusiera el cuerpo por ella, alguien que, además, tuviese motivaciones para hacerlo.

—¿Taviani?

—Exactamente. Cuando se enteró de que usted poseía su contrato, encontró la solución. Se conocían desde la infancia y él siempre estuvo enamorado de ella. Soledad sabía que Taviani haría cualquier cosa que le pidiese y supongo que no le habrá costado mucho inducirlo a conversar con los periodistas acerca de sus deseos de trabajar en el exterior. Estaba segura de que usted se opondría y que, apenas se enterase, su contrato iría a parar a la carpeta roja, donde acostumbra poner los documentos de sus asuntos más conflictivos. Y usted lo hizo.

Al hombre le molestó mi afirmación, pero no la desmintió.

—Entonces, Taviani fue su cómplice —dijo.

—No —contesté—. A Soledad no le convenía confesarle sus planes. Era demasiado peligroso. Él fue la víctima. Por eso le regaló el impermeable y le pidió que lo estrenara el día de la fiesta. Necesitaba que todos lo viéramos usándolo cuando llegara a esta casa. Después ella sólo tuvo que escabullirse unos minutos de la reunión, tomarlo del guardarropa, cubrirse hasta la cabeza con él y buscar la carpeta. Las cámaras hicieron el resto.

—¡Es absurdo; nadie es tan estúpido! Él podía hablar... defenderse... —reaccionó Oliveira

—Ella lo convenció de que no lo hiciera por unas horas, pero es cierto: nadie es tan estúpido y Soledad lo sabía. Por eso quiso silenciarlo... para siempre.

—¡Por Dios! ¡¿Qué está diciendo?! —exclamó, espantado.

—Me temo que la verdad —y le conté, con lujo de detalles, el episodio del cortocircuito en el vestuario y la trampa tendida en la Fuente de las Nereidas, incluyendo los pormenores de la cita telefónica que milagrosamente había interceptado.

—Es una acusación muy grave —titubeó—. Supongo que tiene pruebas...

Saqué el celular de mi bolsillo, apreté una tecla y le mostré la pantalla.

—Éste es el aparato de Taviani y éste es el número desde el que se hizo la llamada.

Aunque en realidad yo ignoraba si Soledad había usado su propio teléfono para hacerla, la expresión del empresario fue elocuente. Apenas lo vio, palideció y se sumió en un largo mutismo. Sentí algo de pena por él, pero no estaba allí para compadecerlo sino para liberar a mi cliente y, tras un par de minutos, resolví apurar el trámite:

—Mire, Oliveira, el único delito que cometió Taviani fue el de enamorarse de la mujer equivocada. Con eso ya tiene bastante, ¿no cree?

El tipo salió de su letargo y suspiró resignado

—Está bien —admitió—. ¿Con quién tengo que hablar?

—Con el comisario Galarza.

—¿Y quedamos a mano?

—No. Hay otra cosa —dije, acercándole la carpeta roja.

En sus ojos adiviné un esbozo de resistencia, pero me mantuve firme:

—Él es un deportista, déjelo seguir con su carrera.

—El fútbol no es un deporte. Es un negocio —replicó.

—No debería serlo —insistí yo que, como ya he señalado, esa palabra no me gusta.

Al fin, accedió. Con un gesto de hastío, abrió la carpeta, retiró el contrato de Taviani y lo rompió en varios pedazos.

—¿Conforme ahora? —preguntó.

—Conforme —respondí y me levanté de mi asiento.

Salí del estudio sin despedirme. Oliveira había marcado el número de la policía y Galarza estaba del otro lado.

♦

Ya en el jardín, en lugar de subir al Citroën, le di una vuelta a la casa y me dirigí hacia el fondo.

El caso estaba resuelto, pero todavía quedaba un asunto pendiente.

Al llegar a las cocheras, lo encontré, junto al Ford azul, acomodando unas valijas en el baúl. No se sorprendió al verme.

—Me imaginé que vendría —dijo.

—No me lo hubiese perdido por nada del mundo.

Luego de un incómodo silencio, preguntó:

—¿Cómo nos descubrió?

—El geriátrico —respondí.

—Por supuesto —sonrió Chandler con amargura—. Conservar ese convenio fue un error.

—¿Por qué lo hicieron? De haberlo destruido, lo hubiesen logrado sin dejar huellas.

—Ése era el plan original, pero hubiésemos tenido que esperar mucho. Usted sabe. El divorcio, el juicio. Supongo que la codicia pudo más.

—No entiendo.

—Cuando leímos la letra chica del documento, pensamos que las cosas serían más ágiles. ¿Se da cuenta?

—No, no leí esas cláusulas. ¿De qué está hablando?

—De la pequeña pensión que le hubiese tocado a la señora. ¿No recuerda quién se la hubiese pagado?

—Una empresa de Oliveira —recordé.

—Sí. Una empresa de Oliveira, pero no cualquier empresa. Era *Aguasblandas*...

Entonces entendí. *Aguasblandas*, la compañía fantasma envuelta en el escandaloso tráfico de dinero y armas que el empresario había jurado desconocer era, en verdad, suya. Y ese papel era la evidencia. La esposa y el mayordomo se habían propuesto extorsionarlo para mantener el secreto. Un juego bastante peligroso, pero mucho más rápido y redituable que un divorcio.

—¿Cuándo empezó esto? —reanudé la conversación.

—Hace varios meses. La señora había escuchado comentarios acerca de la carpeta roja y un día me preguntó qué había en ella. Yo no lo sabía, pero semanas más tarde escuché la discusión entre Oliveira y la hija, y lo supe. Sólo até cabos. Las intenciones de Soledad eran claras y me necesitaba. Conozco a la perfección todos los sistemas de seguridad, los horarios de recorridas de los guardias, dónde se almacenan los videos de vigilancia, incluyendo los del estudio, la ubicación de las cámaras...

—Por eso Taviani salió de la fiesta mirando hacia el lado equivocado... —lo interrumpí.

—Así es. Soledad lo retuvo unos minutos y, con el pretexto de que no quería que su esposo se enterase, lo hizo salir por la puerta de servicio cubriéndose la cara con el impermeable. Le dijo que había una cámara, pero en realidad hay dos. Fue muy sencillo. Después copié los videos y los envié por correo a la prensa.

—Pero tenía que morir.

—Sí, fue una decisión dura. Él hubiera hablado y eso no nos convenía. Sin embargo, la oportunidad era única y, a mí, la idea de jubilarme sin recursos nunca me atrajo.

—Tendría que haber terminado conmigo en la Costanera —dije, ayudándolo con el equipaje.

—Honestamente, no pensé que hallaría el escondite —respondió.

En ese momento escuchamos un ruido. Provenía de un cuarto en el piso superior. Era Soledad, que procurando huir de Oliveira había llegado hasta la ventana. Él no tardó en acercársele; sostenía el convenio en su mano y lo agitó con violencia frente a su rostro. Temí que ocurriese alguna barbaridad, pero la mujer, que aún pese a la distancia lucía hermosa, de repente bajó la cabeza y comenzó a llorar. Fue un llanto conmovedor, dramático... e inteligente. Oliveira, inesperadamente, dejó de gesticular. La observó desconcertado durante unos segundos y luego, sin vacilar, la estrechó en sus brazos y desaparecieron de nuestra vista.

—Supongo que no tendré la misma suerte —se lamentó Chandler.

—Supongo que no —coincidí.

—¿Cuánto tiempo cree que tengo? —preguntó, cerrando la tapa del baúl.

—Un par de horas —calculé.

Chandler subió al Ford y, antes de ponerlo en marcha, dijo:

—Tal vez volvamos a encontrarnos.

No le contesté, el tipo me caía bien, pero la vida nos había puesto en caminos distintos.

◆

Abandoné la mansión por la puerta principal. El guardia me miró de reojo. Yo también lo hice. A ése tampoco deseaba volver a encontrarlo.

Había sido un largo día y todavía debía hablar con Galarza y con mi cliente. Lo de Galarza no me preocupaba, me lo sacaría de encima, más tarde, por teléfono. Lo de Taviani, en cambio, no sería nada fácil.

Llamé a Pepe y le pedí que lo citara en el bar. También le pedí que nos preparara algo de comer.

—¿Qué quieres?

—Salchichas con huevos y papas fritas. Muchas papas fritas —respondí sin titubear.

Aunque dudé que ese menú sirviese de consuelo para un corazón destrozado, nunca se sabe. El amor es el más imprevisible de los sentimientos.

CARLOS SCHLAEN

Escritor y dibujante, nació en Santa Fe, pero vive en Buenos Aires desde hace varios años. Es autor de dos libros de ficción histórica en cla e humorística: *Ulrico, la historia secreta de la conquista* y *Orllie, la viva imagen del rey de la Patagonia,* y de varias novelas policiales y de aventuras para jóvenes, como *Un medallón para Osiris, El escorpión de Osiris y la reina de la televisión, La maldición del virrey, La espada del Adelantado, El caso del cantante de rock, El caso del videojuego* y *El caso de la modelo y los lentes de Elvis.* Esta última obtuvo el primer premio en la categoría narrativa del Premio Fantasía 1999.

Como dibujante, ha ilustrado todos sus libros y también los de otros autores; entre ellos se destacan los trece tomos de *Una Historia Argentina.*

www.schlaen.com.ar

Índice

Capítulo 1 7
Capítulo 2 31
Capítulo 3 49
Capítulo 4 75
Capítulo 5 99
Biografía del autor 113